



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

la vida imposible

TRES PIEZAS EN UN ACTO



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

JOSÉ RICARDO MORALES



JOSÉ RICARDO MORALES

la vida imposible

TRES PIEZAS EN UN ACTO

Posfacio de Bonifacio Valdivia Milla y Manuel Galeote López

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

José Ricardo Morales Malva nació el 3 de noviembre de 1915 en Málaga, donde sus padres, que pertenecían a la pequeña burguesía ilustrada y liberal valenciana, se encontraban por un traslado temporal. En Valencia estudia Bachillerato, después simultanea Magisterio y Filosofía y Letras. En esos años dirige el Departamento de Cultura de la Federación Universitaria Escolar, que contaba con el grupo teatral El Búho y la Universidad Popular, e inicia su andadura teatral y su fuerte amistad con los jóvenes escritores y artistas del momento —Juan Gil Albert, Ricardo Muñoz Suay, Max Aub y Vicente Gaos, entre otros. Tras defender la República durante la Guerra Civil española, en febrero de 1939 pasa a Francia y es internado en el campo de concentración de Saint-Cyprien, y en septiembre llega a Valparaíso, tras haber logrado embarcar en el Winnipeg, el barco fletado por el gobierno chileno a instancias de Pablo Neruda. En 1946 obtiene las cátedras de Historia del Arte en las Facultades de Filosofía y de Arquitectura de la Universidad de Chile. Participa en la Editorial *Cruz del Sur* fundada por Arturo Soria, donde publica *Poetas en el destierro* y dirige dos colecciones: «La fuente escondida», dedicada a poetas del Siglo de Oro español, y «Divinas palabras». Además, funda el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, que sería después el Teatro Nacional de Chile, y continúa su escritura teatral, que alcanza cerca de cuarenta títulos. Hasta 1967 no volvió a pisar suelo español.

[el autor]

[la obra]

En la historia del teatro José Ricardo Morales se adelanta a lo que en Europa sería el *teatro del absurdo* cuando muestra con lucidez las contradicciones, inseguridades y malestares del hombre del siglo XX. El principal eje sobre el que construye su dramaturgia representa lo más avanzado de nuestro tiempo: su profunda desconfianza en la capacidad del lenguaje verbal para el entendimiento entre los seres humanos. Entre los títulos de su obra, amplia y poco representada, *La vida imposible* agrupa tres piezas en un acto que el autor dedicó a su amigo José Ferrater Mora: *De puertas adentro*, *Pequeñas causas* y *A ojos cerrados*. En estas piezas, nunca representadas, está lo esencial de toda la dramaturgia del autor, el ser humano pierde el sentido de su existencia conducido por la irracionalidad de sus obsesiones, que se desarrollan, alimentan y crecen en el laberinto de la retórica de su lenguaje. *De puertas adentro* es un diálogo imposible entre dos personajes que pugnan por el dominio de uno sobre el otro, una huida del silencio que no soportan; *Pequeñas causas* muestra otra obsesión, la de una hembra protectora que impone su tiranía hasta precipitar a su hijo al vacío de la muerte —su lenguaje es su mejor retrato—; finalmente, *A ojos cerrados* es el monólogo de una mujer que decide liberarse del dominio opresivo de su marido abandonando el hogar, a lo que renuncia cuando ve que eso era lo que el marido había previsto, así el acto de rebeldía liberadora deviene en un último escalón de sumisión. Fueron escritas entre 1944 y 1947, publicadas por primera vez en 1955 e incluidas en *Teatro Inicial* en 1976.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© José Ricardo Morales Malva, 1955

© de la edición JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura, 2010

© del posfacio: Bonifacio Valdivia Milla y Manuel Galeote López

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-018-9

D.L. : GR-3019-2010

Ilustración de cubierta: CARMEN PIÑAR. *Paisaje invernal*

índice

DE PUERTAS ADENTRO	9
PEQUEÑAS CAUSAS	35
A OJOS CERRADOS	69
POSFACIO	
VIVIR COMO UN EXTRANJERO: A PROPÓSITO DE JOSÉ RICARDO MORALES MALVA	85
Bonifacio Valdivia Milla y Manuel Galeote López	

a José Ferrater Mora

DE PUERTAS ADENTRO

Santiago de Chile
septiembre de 1944

personajes

EL MARIDO

LA MUJER

LA MADRE

EL VISITANTE

UN VECINO

Comedor con tres puertas, una al fondo, que da al dormitorio del matrimonio, y dos laterales. La puerta de la derecha lleva al recibidor y la situada a la izquierda, a un pasillo.

El envejecido mobiliario —mesa, sillas, aparador y dos sillones— testimonia la modesta condición de sus dueños, gentes venidas a menos.

En escena, el marido y la mujer.

EL MARIDO ¿Cómo vamos a ponernos de acuerdo? Tú, cuando hablas algo, sólo quieres tener razón, o que te la den, que aún es peor. La verdad, el dejar las cosas en claro, no te importa lo más mínimo.

LA MUJER Porque la razón nos tranquiliza, y el conseguir una verdad, no. Cuántas veces me he preguntado, ¿por qué será efectivo que don Ángel se llame Ángel y no León o algo por el estilo, dado el carácter que tiene? Una verdad, por muy cierta que sea, si desazona, de nada nos sirve.

EL MARIDO O sea, que discutes y discutes para quedarte satisfecha con algo aparentemente razonable...

LA MUJER No he de negarlo.

EL MARIDO ... o por convencerte a ti misma con tus propios pensamientos.

LA MUJER Te confieso que otras veces lo hice. Aunque ahora es diferente. Estoy más que segura de que viste la película.

EL MARIDO Así se explica que en esta casa lo hayamos discutido todo: cuántas ventanas tiene una fachada del Escorial, la altura media de los anglosajones, si la bandera del Siam lleva o no tres franjas azules, el origen del uniforme de la guardia papal, la fuerza de una hormiga en proporción a la del hombre...

LA MUJER ¡No es verdad!

EL MARIDO ¿Cuándo dejarás de contradecirme?

LA MUJER Hemos tenido disputas sobre las danzas de los polinesios o por la antigüedad del abanico. (Asiente **EL MARIDO**.) También se ha debatido la reproducción de las ballenas, el precio del sello más caro, el significado de la palabra escatología... (Se toma un respiro.)

EL MARIDO Sí.

LA MUJER ... por qué hicieron a la Venus de Milo sin brazos...

EL MARIDO Que no la hicieron...

LA MUJER Por qué no hicieron a la Venus de Milo con brazos. (Se detiene un momento.) No importa. Tú me entiendes.

EL MARIDO Por qué la Venus de Milo...

LA MUJER Sí. Ya sé. Me he equivocado... Cómo se propagan la peste, el tifus y el cólera morbo, pero jamás, ¿te enteras?, jamás hemos establecido la relación de vigor entre la hormiga y el hombre, como ahora mismo afirmabas.

EL MARIDO Afirmación que no fue mía.

LA MUJER ¿De quién pretendes que fuera?

EL MARIDO ¡Qué sé yo! Se dijo solo.

LA MUJER Suena tu propia voz, incluso la rubricas con el gesto, y no eres tú quien me habla. Tiene gracia.

EL MARIDO Ninguna. ¿A que te has sorprendido muchas veces diciendo cosas que no habías pensado? En ese caso, ¿hablas tú o son las ideas quienes te emplean para manifestarse? La fuerza de la palabra, ese impulso que te llevó a equivocarte al hablar de la Venus, a mí me movió a inventar lo de la hormiga y el hombre.

LA MUJER Si en materia de pependencias nada tenemos que poner de nuestra cosecha... Con lo ocurrido, basta. ¿Recuerdas aquella disputa que empezó por una camisa mal planchada, de la camisa pasamos a la comodidad... de la comodidad...?

EL MARIDO A los sentimientos artísticos.

LA MUJER Sí, a la ociosidad de los artistas; eso es, a su vida inactiva, y de ahí al autor del «Adolfo».

EL MARIDO Que no es Musset, como entonces creíamos. Después hubo una tregua, una hora de paz, y luego del «Adolfo» seguimos con Esquilo. Y de él, a las tragedias cotidianas. Hasta leí una del diario; venía en la quinta página, arriba, a la derecha, ya ves si me acuerdo, y se trataba de una refriega muy parecida a las nuestras. Casi como la de ahora...

LA MUJER De ningún modo. Aquí nadie discute. Yo estoy segura de que has visto la película. Eso es todo.

EL MARIDO Y yo de que no la he visto. ¿No es esto una disputa?

LA MUJER Nunca llegará a serlo, porque la razón me pertenece.

EL MARIDO Otra vez la razón. Con esa cantinela han empezado todas nuestras pependencias.

LA MUJER Podrías evitar esta con un pequeño esfuerzo de tu parte. Has de recordarla. Se trataba de una persona muy... ¿cómo la llamaría? (Consigo.) Tampoco es soñadora, ni exaltada...

EL MARIDO Te comprendo. Alguien que vive fuera de la realidad. Uno que siempre está en la luna.

LA MUJER (Tras una breve pausa.) Bueno. Me da lo mismo. Llamémosla idealista. Pues, como antes te decía, esa persona lleva una vida común, al igual que cualquier otra. Va al cine —como si no fuera una película esto que te estoy contando—, acude a su trabajo... A lo mejor el detalle te la recuerda: «Mira qué tienda tan rara, te dije. Más parece una clínica por su blancura y brillantez». Hacía esquina a una plaza muy despejada...

EL MARIDO ¿Y esa persona...?

LA MUJER De tan ilusa —porque esa es la palabra: ilusa. ¡Sin pensarlo di con ella!—, de tan ilusa que es, ignora todo lo que le rodea. Fracasa en sus negocios... ¿Cómo se llama esa cinta? Haz algo por ayudarme. Estoy segura de que la has visto. Fue uno de los días en que te sentí más obsequioso. Hasta bombones me compraste...

EL MARIDO Más complaciente que hoy no pude estar.

LA MUJER Sin comparación. Dijiste: «Si hubiera flores, flores te regalaría».

EL MARIDO (Irónico.) Delicadísima frase.

LA MUJER Tuya es.

EL MARIDO Las palabras nacen con la ocasión y han de morir con ella. ¿Concibes a un pez fuera del agua o a un ave privada del vuelo? Pues así de muertas, igual que las hojas mustias de un herbario, presentas mis ocurrencias, al arrancarlas de su origen.

LA MUJER Eso no quita que las dijeras. Con ellas, por una vez, una sola vez, tuviste la ocasión de mostrarte solícito... (Deteniéndose.) Miento. Al contrario. Fue la voluptuosidad de pronunciar esas palabras —«Si hubiera flores...», etcétera— la que te hizo parecer cariñoso.

EL MARIDO Como será la voluptuosidad del silencio la que me hará semejarte amable hoy.

LA MUJER ¿Tú, ahora, amable, conmigo?

EL MARIDO ¿Te parece escasa condescendencia la de escucharte una película que ni he visto ni he pensado nunca ver?

LA MUJER Película que celebraste mucho. «Muy buena la dirección. Magnífico el trabajo de los actores». Tales eran tus elogios. ¿Verdad que te gustó como ninguna otra? (Una pausa.) ¡Responde! (Otra pausa.)

EL MARIDO No tengo ganas de hablar.

LA MUJER ¿Y cómo lo dices?

EL MARIDO Con el mejor tono posible.

LA MUJER No me refiero a eso.

EL MARIDO ¡Con el mejor de los tonos! ¿Te enteras?

LA MUJER Que estás perdiéndolo ya... Con palabras, inocente, con palabras. Si serás cándido: hablas para decirme que no quieres hablar.

EL MARIDO (Fuerte.) ¿Y qué no haré de contradictorio, de disparatado y loco, habiendo de aguantar a semejante palabarrera, desbocada hasta por los codos?

LA MUJER (Apartándose.) ¿Has visto si es bárbaro? ¿Conoces algo igual? ¿Te parece bonito el trato que me está dando?

EL MARIDO (Empieza a buscar algo por toda la habitación. Habla consigo.) No está en el búcaro... ni debajo de la mesa... ni entre las hojas de un libro... ¿Dónde se esconderá? Ni en el aparador se le ve... ni en el frutero... ¿Dónde está? Puede tener el tamaño de una mosca... o el de una manzana... y hasta el de la mesa puede tener. Y la forma de una silla o la del conmutador de la luz o la de un vago visillo... (A LA MUJER.) ¿Qué aspecto tiene ese don o esa doña? (Pausa. Consigo.) La callada por respuesta. (A LA MUJER.) ¿Cómo se llama ese personaje?

¿Es hombre o mujer? (Consigo.) Silencio en la concurrencia. (A LA MUJER.) Tendré que decirle a él o a ella: «Mira qué cara de pasmo pone mi mujer, porque ignora de qué hablo». ¿Sabes a quién aludo? (Niega LA MUJER.) A ese o esa que recoge tus lamentaciones de toda la vida, a quien te dirigías hace un momento, diciéndole: «¿Has visto si es bárbaro? ¿Te parece bonito el trato que me está dando?» ¿Dónde está esa segunda persona, a la que siempre te refieres? No la encuentro en parte alguna...

LA MADRE (Llega por la puerta de la derecha, cargada de paquetes.) ¡Aquí estoy!

EL MARIDO (Se ríe a carcajadas.)

LA MADRE (A LA MUJER.) ¿Tendrá cosquillas?

LA MUJER Le hace gracia la oportunidad con que entró usted, como en el teatro, a recoger las últimas frases.

EL MARIDO No. Si no es de eso. (Vuelve a reírse.) Aparece tu madre y dice: «Aquí estoy». Pudo decir todo lo contrario: «Aquí no estoy». O también: «Aún no he llegado».

LA MADRE Bueno, bromas aparte. Acabo de hacer una compra superior.

LA MUJER (Al MARIDO. Con intención.) Di tu frase.

EL MARIDO No te entiendo.

LA MUJER «Superior, a ¿qué?»

LA MADRE En una gallina me he ahorrado seis pesetas.

LA MUJER (Al MARIDO.) Di tu frase.

EL MARIDO ¿Cuál?

LA MUJER «Ahorráis seis pesetas y os gastáis cuarenta».

EL MARIDO (Haciéndose el sordo.) ¿Cómo?

LA MUJER Que «ahorráis seis pesetas y os gastáis cuarenta».

EL MARIDO Digo mi frase: «Ya son doce las pesetas ahorradas y ochenta las gastadas».

LA MADRE (Preocupada de guardar algunos paquetes en el aparador.) ¡Qué gallina, Dios mío! Da gloria verla. Es un gozo el animalito. Dentro de un rato la traerán. Creo que con ella va a haber de sobra.

LA MUJER (Al MARIDO). Digo tu frase: «Si hay de sobra, mate media»

LA MADRE (Sin atender.) Aunque en las fiestas siempre se come con exceso.

LA MUJER Madre, ¿qué opina este de las festividades?

LA MADRE (Con el tono de recitar algo muy sabido.) «Las fiestas nos ponen contentos por obligación. Nos colgamos la alegría como los campesinos los trajes de domingo. Y a veces nos queda ancha o estrecha».

LA MUJER ¿Te convence?

EL MARIDO No está mal imitado.

LA MUJER (A la madre.) Si el caldo de gallina sale bueno, ¿qué nos dirá?

LA MADRE «Este caldo resucita a un muerto».

LA MUJER ¿Y si la gallina resulta dura y mala?

LA MADRE «Con ella y tres perras chicas, quince céntimos». (Sale por la izquierda.)

LA MUJER O «con eso y cuatro reales, una peseta».

EL MARIDO (Harto de burlas.) O con eso y mi mujer, y dos más como ella, cero más cero y más cero.

LA MUJER Ya se está indignando el «señor».

EL MARIDO Suprime las comillas: el dueño y señor de esta casa...

LA MUJER (Interrumpiéndole.) El dueño y señor de esta casa —dicho sea sin reticencia y sin comillas— se está indignando.

EL MARIDO Eso es.

LA MUJER Porque le hago escuchar las frases habituales que él dice y no oye.

EL MARIDO La intención es lo que no perdono.

LA MUJER Respuesta falsa. Sé lo que estás pensando: «Mi mujer es capaz de hacerme salir los pelos verdes». ¿Acerté? No lo niegues. Te adivinaré otra frase: «Esto parece la comedia del amo criado». ¿Verdad?

EL MARIDO (Desafiante.) Sí. Una de las dos pensaba. ¿Y qué?

LA MUJER Me resultas un marido realmente familiar. Como podría ir a ciegas por el interior de esta casa, identificando, con sólo extender la mano, cada uno de los objetos, los muebles, los pomos fríos de las puertas, así conozco, anticipándome, tus ideas y sentimientos. Y conocer es querer. Quiero tus frases hechas. Tanto cariño les tengo, que al oír alguna en otros labios, me sorprende en no sé qué infidelidad. Tú eres ellas. Si dices: «Ya veremos», añades, «dijo un ciego». Cuando piensas: «Todo se andará», continúas, «dijo un cojo». Te molesta una enumeración o algún reproche y lo interrumpes así: «Ya empieza la historia de España».

EL MARIDO Basta. Basta. Tienes razón.

LA MUJER ¿Que no la tengo?

EL MARIDO Que la tienes.

LA MUJER No es ese el modo de dármela. De niña, le preguntaba a mi padre: «¿Puedo bajar a la calle?». «Haz lo que gustes», me contestaba. Bien sabía yo

que me prohibía salir, concediéndolo. Ahora me niegas la razón al aceptarla de esa manera.

EL MARIDO Como quieras.

LA MUJER ¿Ves tú? Igual que mi padre. ¡Como quiera yo, no! ¡Como es! ¿Te enteras bien? ¡Como es! ¿Habrá alguien más refinadamente cruel que tú?

EL MARIDO ¡Ya se desató la furia!

LA MUJER (Violentísima.) ¿Furia yo, que soy la propia mansedumbre, el sosiego hecho carne, la paz en persona? ¿Yo que en mi vida he alzado la voz ni un punto más de lo debido? ¿La mujer más hecha a resignarse...?

EL MARIDO (Conciliador.) ¡Oye!

LA MUJER ¡No quiero saber nada! ¡En mi madre encontraré consuelo! (Sale por la izquierda. Hay un silencio breve. Reaparece muy mansa. Habla desde el umbral.) ¿Qué quieres? (Pausa larga. Irritada.) ¿Por qué me haces esperar? ¡Contesta!

EL MARIDO ¿No has dicho que no querías saber nada?

LA MUJER ¡Deja ya de torturarme!

EL MARIDO (Calmoso.) Oye.

LA MUJER ¡Otra vez «oye»!

EL MARIDO ¿Piensas atenderme?

LA MUJER (Nerviosísima.) Venga, ¿qué te pasa?

EL MARIDO Oye. (Detiene con el gesto la interrupción que iniciaba LA MUJER. Muy calmoso.) Me parece que han llamado.

LA MUJER Naturalmente. Esperas a ese señor para las siete en punto, pasan de las siete y cuarto y aún te extrañas de que llamen. Y tú ahí, hecho un Adán, en espera

de una visita que viene a resolvernos esto (hace el gesto de comer o el de frotarse los dedos pulgar e índice, aludiendo al dinero), sin haberte mudado de traje. Ya ves a qué nos condujo la discusión.

EL MARIDO Por no dar tu brazo a torcer.

LA MUJER Ni tú el tuyo.

EL MARIDO No empecemos.

LA MUJER ¡Ni tú el tuyo! (EL MARIDO abre la puerta del fondo y se mete en la alcoba. LA MUJER inicia la salida por la derecha. Desde la puerta.) ¡Escucha! (Vuelve EL MARIDO.) ¡Fue una película que viste! (LA MUJER sale, cerrando la puerta bruscamente. EL MARIDO expresa su coraje dando otro portazo. Entra LA MADRE por la izquierda. Guarda algo en el aparador. Cruza el escenario hacia la derecha. Regresa, airada, LA MUJER.)

LA MUJER ¿Ha oído sonar el timbre?

LA MADRE ¿El timbre? ¿Estás loca? (Cambiando.) Mira, he puesto la leche al fuego.

LA MUJER ¿Seguro que no sonó?

LA MADRE Completamente. En la cocina estride hasta ponerme los nervios de punta. (Cambiando.) Debes tener cuidado de que no se salga la leche.

LA MUJER (Aludiendo al MARIDO.) Madre, de mí nadie se burla.

LA MADRE Si no es burla. He dejado la leche al fuego y temo que se salga.

LA MUJER No lo digo por usted.

LA MADRE Después, debes ir limpiando la verdura.

LA MUJER ¡Llega un momento en que se nos enciende la sangre y no podemos aguantar más!

LA MADRE ¿Qué culpa tendré yo de que hayamos de comer todos los días?

LA MUJER Si no reniego del trabajo...

LA MADRE ¿Me gustará subir otra vez la escalera? Pues todavía he de comprar varias cosas para mañana. Ayúdame a pensar: cerillas, azafrán...

LA MUJER (Impaciente.) Van a cerrarle las tiendas.

LA MADRE ¿Te corre prisa?

LA MUJER Es muy tarde.

LA MADRE Sí, pero nada ganaré si me pasa como otras veces. Entro en el ultramarinos y pregunto: «¿Qué vine a comprarles?» Y ahí tienes al dueño enumerando: garbanzos, aceitunas...

LA MUJER Cerillas y azafrán, decía.

LA MADRE Ayúdame. Siempre se escapa algo.

LA MUJER (Pensando en EL MARIDO.) Hay cosas que yo no olvido.

LA MADRE Ya las estás diciendo.

LA MUJER (Por salir del paso.) ¡Pimientos!

LA MADRE Exactamente: cerillas, azafrán y pimientos. (Sale por la derecha, repitiendo): Cerillas, azafrán y pimientos...

LA MUJER entra en la alcoba. Se escuchan confusamente las acaloradas voces de una discusión. Aparece LA MUJER en el dintel, de espaldas al público, y dice El timbre. Bonita manera de hacerme callar. Vuelve a oírse la discusión.

EL MARIDO (Entra en mangas de camisa. Habla con estudiada frialdad.) Si no quieres que me vista, aquí me sentaré. Puedo esperar la visita con mis mejores galas: unos zapatos viejos y esta zurcida camisa.

LA MUJER (Que apareció detrás del MARIDO.) ¡Eres de lo que no hay!

EL MARIDO (Indiferente.) ¿Sabes que me resulta cómodo el asiento? Ni hecho a medida. Se repantiga uno muy a su placer, estira así las piernas y queda en una posición sumamente descansada.

LA MUJER ¡De eso hablábamos!

EL MARIDO Además de cómodo, está bien situado. (Mira hacia el público.) Domina toda la calle; nuestra calle, esa que, según la guía, comienza por San Rosendo y tiene fin en el río.

LA MUJER ¡Dime de una vez que recuerdas la película y se acabó todo!

EL MARIDO Mira. Mira lo que se descubre desde aquí.

LA MUJER ¡Vas a hacer que ponga el grito en el cielo!

EL MARIDO (En lo que resta de escena, hablará desentendido de LA MUJER, inexpressivo, con gran monotonía.) Don Pedro lee el periódico en el balcón de enfrente. Se ha calado los anteojos de oro, un poco caídos sobre la nariz, y mira a su mujer, al periódico, a su mujer, al periódico; alternatively, al periódico, a su mujer...

LA MUJER ¡Eres capaz de trastornarme!

EL MARIDO Nunca me he explicado su rara afición por los pájaros. «Don Pedro», le he dicho muchas veces, «bien está el amor a los jilgueros, a los mirlos o a los canarios, pero encerrarlos en una jaula en nombre de ese amor, para tener el gusto de darles cañamones, alpiste, migas de pan o terroncitos de azúcar y oírles cantar pío-pío y más pío-pío, eso se me hace muy cuesta arriba entenderlo».

LA MUJER ¿Que me contestas de la película?

EL MARIDO La mujer de don Pedro ya es otra cosa. Todo lo que en él parece frío y medido, en ella se hace humano y tibio. Las manos los diferencian. Las de don

Pedro se dirían las de un muerto. No me refiero al color, aunque son muy pálidas, sino a su dura consistencia de hueso...

LA MUJER (Interrumpiéndole.) ¿Dónde se ha visto algo igual? Ensañarte de esa manera, hablándome sin tasa de cosas que no vienen a cuento.

EL MARIDO (Que ha seguido durante la réplica anterior.) ... Entre don Pedro y su mujer caben otras distinciones que los diferencian marcadamente. Recuerdo una anécdota que viene como anillo al dedo.

LA MUJER ¡No puedo oírte! ¡Ya hay bastante! (Se tapa los oídos.)

EL MARIDO (Sin mirarla.) Si quisieras escucharme, conocerías con cuánto amor alimento una discusión que te resulta grata. No me gustan las disputas, por ellas mismas, pero me agrada hasta lo indecible ese modo especial de exaltarte, crecida, hecha un basilisco, en todas nuestras pendencias. Ahora puede ocurrir algo muy fácil de suponer: que en vez de taparte efectivamente los oídos, finjas te los cubres y me estés oyendo. Peor para ti. Te enterarías también de las falsedades que debo inventar sobre don Pedro y su mujer, en este instante en que me llevo las manos a los ojos para intrigarte si no me escuchas. En caso de oírme, notarás cómo cambia mi monólogo (suena el timbre de la puerta) y se refiere de nuevo a don Pedro y su mujer.

LA MUJER (Se descubrió los oídos al sonar el timbre. Da impresión de desconcierto. Mira a todas partes. Se dirige al MARIDO.) ¿Qué es? Algo —¿qué es?— me hizo salir de ese rumor semejante al mar, que nace con taparse los oídos. (Vuelve a mirar a todas partes.) Como en las madrugadas, nos despierta un ruido, que ya no suena, y nos preguntamos: «¿Qué me sacó del sueño?» (Al MARIDO.) ¿Qué es?

EL MARIDO Era en la época de mayor dicha que se recuerda entre don Pedro y su mujer. Habían adquirido el *chalet* que todavía siguen amortizando por mensualidades, hotelito que, dicho sea entre nosotros, no me parece de muy buen gusto. Pues bien, ella se empeñó en que el color de la fachada era poco indicado.

«¿Qué color quieres?», le preguntaba él todos los días. La mujer le respondía invariablemente: «Algo menos chillón: gris, el tono de la piedra». Hasta que un día, ya harta, al preguntarle, «¿Qué color quieres?», respondió: «Negro». Se dice que don Pedro, por complacerla, pintó la *villa* con alquitrán resplandeciente... (Suenan otra vez el timbre. EL MARIDO se levanta, perezoso, de su asiento. Visita tenemos, dice, y se mete en la alcoba, cuya puerta cierra. LA MUJER se seca las lágrimas que le produjo el parlamento anterior. Se compone de prisa y sale por la derecha. Regresa a poco, seguida de un personaje atildadísimo, tímido hasta la cortedad, que empuña un par de guantes en la mano derecha.)

LA MUJER Sí, aquí vive. Tenga la bondad de sentarse. Ahí no; en este sillón. Hasta él opina que es el más cómodo. (Se sienta el recién llegado.) Usted dice que viene en representación de la casa que contrata a mi marido... porque los informes les parecieron excelentes... ¿Los mejores? Los mejores. «Es inútil presentarse sin recomendaciones», pusieron en el anuncio, y mi marido les exhibió varias, conseguidas una a una, con gran paciencia, humillándose en prolongadas esperas, en las antecámaras de los personajes. (Se inquieta EL VISITANTE.) Comprendo muy bien: usted quiere confirmarlas, obteniendo referencias de quien mejor puede dárselas, de la mujer del futuro empleado, con el que he compartido pan y lecho durante años y años... No. Si no es cuestión de interrumpirme. Creo que me explico con mucha claridad. Ustedes tienen ideas diferentes de las habituales, les gusta conocer en qué medio viven sus subordinados, y por ello, en vez de mandar una carta que diga, pase a tal hora por nuestra oficina, prefieren acudir personalmente a cerrar el contrato. (Breve pausa.) ¿Me dijo hace un momento que venía a obtener antecedentes directos? No tiene por qué desdecirse. A mí nada me cuesta dárselos. He de confesarle, al empezar, que no quepo en mí de gozo. Mi marido presentó los mejores informes. ¿No es para sentirse orgullosa? A los vecinos de la calle del Peral, veinticinco, también les colmaría de satisfacción el saber la irreprochable conducta del hombre que a las tres de la mañana les despertaba diciendo: «¡Para vosotros hablo, los que ahora me escucháis a través de los tabiques; conoced cómo es mi mujer...!» No menos se alegrarían del éxito de mi marido los habitantes de la calle

del Agua. ¿Usted no ha vivido nunca en la calle del Agua, en el número cuarenta y dos de la calle del Agua, se entiende? Allí nos echaban la casa abajo para que el empleado intachable guardara un poco de silencio. Y en la plaza de Isabel la Católica, doce, solía asomarse a la galería para publicar a viva voz sus rencillas de persona decente. Puedo darle los mejores informes de ese que afirma negando. «No cierres la puerta», dice, si desea que la cierre. «No te pongas la bufanda», cuando quiere que me abrigue. Menudencias, pequeñeces, minucias que se hacen un mundo y nos agobian por siempre. Informes y más informes de quien simula quitar la sal de un guiso, cuando le parece que hay de sobra, y finge devolverla al salero; de ese que le preguntas «¿Es sólida la atadura?» y te contesta: «O líquida o gaseosa». Usted, como no ha vivido en la calle del Agua, en el número cuarenta y dos de la calle del Agua, desconoce el martirio del disimulo, de hacer pasar por bueno a quien no lo es, de callar y callar años y años, resignándose, diciendo amén a todo. Como ignorará, seguramente, la necesidad de quitarse esta mordaza de silencio, de desahogarse una vez, diciendo ante usted, un desconocido, lo que no volveré a repetir nunca más, ¡nunca más!, ¡¡nunca más!! (Se levanta EL VISITANTE.) Está usted de suerte. Aquello que no se produce en siglos, sucede en un momento. Y este es el mío. (Angustiada.) ¡Espere un poco! ¡Piense que pasada esta ocasión, volveré a cerrarme la boca a piedra y lodo por toda la vida! ¡Tenga caridad! ¿No la tiene? ¡Me deja con la palabra en los labios...!

Sale EL VISITANTE, seguido de LA MUJER, por la puerta de la derecha. Entra EL MARIDO con un traje nuevo que le da prestado aspecto de maniquí. Le extraña no encontrar a la visita. Aparece LA MUJER; tras ella viene EL VECINO.

LA MUJER (Al VECINO.) Puede estar seguro de que le causará una gran alegría.

EL VECINO Aunque no deja de parecerme raro. (Al MARIDO.) Buenas tardes.

EL MARIDO ¿Qué le trajo por aquí?

LA MUJER (Sin dar tiempo a la respuesta.) Nuestro vecino la vio. La recuerda perfectamente.

EL VECINO Sí. Se trataba de una persona muy... ¿Cómo diríamos?

LA MUJER Antes acerté.

EL VECINO Podemos considerarla una persona ilusa.

LA MUJER ¡Esa es la palabra! Ilusa. (Al MARIDO.) ¿Tú ves? Ni que le hubiera transmitido el pensamiento. (Al VECINO.) Trabaja en una gran tienda, junto a una plaza muy despejada.

EL MARIDO ¡Ah, pero me están hablando de la película!

LA MUJER ¿Qué de qué? (Al VECINO.) ¿Se acuerda de aquella escena tan graciosa, cuando confunden los paquetes?

EL VECINO Sucede como en la vida corriente. A mí me ocurrió una vez cambiar los sobres de dos cartas. ¡Y una de ellas era para mi novia! (Ríen.)

LA MUJER A propósito. ¿Y cuando a él se le olvida acudir a su propia boda?

EL VECINO Esa manera de ridiculizar a los olvidadizos es sencillamente estúpida.

LA MUJER A los tacaños también les llega lo suyo. Piense en el tipo del cajero que se pasa todo el día cuenta que te cuenta el dinero ajeno.

EL VECINO Las fotografías no pueden ser mejores. Parecen, efectivamente, de la Costa Azul.

LA MUJER Muchos afirman que las tomaron allí mismo.

EL VECINO No lo creo. A cualquiera le dan gato por liebre. Todos hemos visto películas norteamericanas que se dirían hechas en el centro de África... (Un silencio.) ¿Y esto, a su marido le agrada?

EL MARIDO Muchísimo.

LA MUJER Le dije, al hacerle pasar, que mañana cumplías años; que te hablara de esa película tan de tu gusto.

EL MARIDO (Fingidamente afectuoso.) ¿Conoce delicadeza semejante? Tengo una mujer que vale un Perú. (A LA MUJER.) Ofrécele algún dulce, ya que no bebe.

LA MUJER Es verdad. ¿Dónde tengo la cabeza? Con la alegría de recordarte la película, lo olvidé todo. (Saca los dulces del aparador. EL VECINO toma uno.)

EL MARIDO (Al vecino. Por darle pie.) El conflicto de esa cinta es excepcional.

EL VECINO A mí me impresionó, más que nada, la manera de romper el relato, de desarticular la narración, convirtiendo a la obra en algo cambiante, lleno de inesperados hallazgos.

LA MUJER El grito que da ella es aterrador.

EL MARIDO Sí. Cuando la asaltan aquellos personajes en una calle oscura.

EL VECINO Se equivoca. Eso es de «El avión perdido».

EL MARIDO Personajes que quieren averiguar dónde se oculta aquel hombre que sabe tanto del asunto.

LA MUJER Estás contándonos «El avión perdido».

EL MARIDO Un gran golpe de efecto se logra cuando llega él, disfrazado de... en fin, con un traje antiguo, porque regresa de un baile de máscaras, y le dice a su mujer: «Estuve bailando con Ana Bolena». La mujer, por toda respuesta, abre el ropero y le enseña un disfraz de esa reina.

LA MUJER Te has confundido. Ahora hablas de «Vida nocturna».

EL MARIDO El conflicto va ganando a medida que transcurre la obra. La muchacha incauta que llega a la gran ciudad y corre graves peligros, está representada con gran emoción por Katherine Wilson.

LA MUJER Esa actriz no existe. ¿Te estás confundiendo adrede?

EL MARIDO «Es cuestión de vida o muerte», dice el médico. «¡Si se nos va por momentos...!»

EL VECINO Yo creo...

EL MARIDO Busca el instrumental en el maletín de urgencia y empieza a operar.

EL VECINO Me permite.

EL MARIDO Tres veces la he visto. La última vez, por gusto, cronometré esa escena. ¿Sabe cuánto dura la operación que parece un siglo? Minuto y medio. Nada más.

LA MUJER (Al VECINO.) Diga. ¿Qué quería decir?

EL VECINO Creo que debo marcharme.

LA MUJER No se vaya. Oriéntelo. Cuéntele algo de la película.

EL VECINO Oh, si pudiera le ayudaría con mi mejor voluntad. Se me está haciendo muy tarde. Mi hijo el pequeño, cuando me retraso un poco, se echa a llorar: «Papá se perdió. Papá no sabe volver». Otro día hablaremos largo y tendido. Vecino, que cumpla usted muchos años.

EL MARIDO Gracias. Yo le acompaño a la puerta.

LA MUJER (Envuelve unos dulces.) Para que se consuele su niño. (Se los da.)

EL VECINO Muchas gracias.

EL MARIDO Vaya escena emocionante aquella de la operada... (Salen. Se les oye hablar confusamente. LA MUJER guarda los dulces en el aparador. Regresa EL MARIDO. Desde el quicio. Lentísimo. Espaciando mucho las palabras.) Mujer... Mujer... Mujer... Mujer...

LA MUJER Habla. Di algo.

EL MARIDO ¿Dónde tienes los ojos?

LA MUJER Pero, ¿qué pasa?

EL MARIDO ¿Acaso no ves? (LA MUJER mira a todas partes.) El tapete.

LA MUJER (Sin comprender.) Sí, el tapete. Ahí, sobre la mesa.

EL MARIDO Sí, el tapete con sus agujeros. El viejo tapete al que ya nos hemos acostumbrado. Suponte que llegara esa visita. ¿Qué pensaría de nosotros al echarse a la cara ese paño lleno de rotos? ¡Ya lo estás retirando! (LA MUJER quita el paño. Sale por la puerta de la izquierda y regresa sin él.) Nada más, ¿verdad? ¿Para qué tendrás la vista? ¡El búcaro, ese búcaro horrible! Bien está que por consideración a Mariana lo colocaras ahí cuando nos lo regaló. «Puede visitarnos, decías, y si no lo encuentra puesto, es capaz de molestarse». Hace años que no la vemos y ahí sigue el dichoso esperpento. (LA MUJER repite su movimiento anterior.) ¿Ahora qué, todo conforme?

LA MUJER A mí me lo parece.

EL MARIDO ¿Sabrá una araña apreciar la belleza de sus telas?

LA MUJER Tienes cada pregunta...

EL MARIDO Voy menos descaminado de lo que te crees. ¿Qué juzgarás tú de esos almohadones, producto de vuestra industria casera, segregados por vosotras en cotidiano trabajo? Nada. Conoces tanto de ellos como el castor de la vivienda que construye.

LA MUJER (Enfadada.) ¡Todo eso para decirme que los quite!

EL MARIDO Los detalles hacen mucho. De la elegancia a la cursilería no hay más que un paso.

LA MUJER ¡Ya me extrañaba que estuvieras sin decir alguna de tus frases! (Coge los almohadones y vuelve a repetir el movimiento anterior.)

EL MARIDO ¿No lo encuentras todo cambiado, más sobria la sala, más acogedora? Al fin podemos esperar tranquilos a ese señor. (Un silencio.) ¿Sabes? A mí me gusta ver cómo se produce un hecho esperado. Supongamos que un capitán y un sargento están a punto de cruzarse en la calle. Ya me tienes deduciendo, por el modo de andar ambos, cuál será el gesto del inevitable saludo. Muchas veces me llevo el gran chasco, lo confieso, porque el acto no concuerda con la idea previa que de él me tracé. Ahora estoy haciendo algo parecido. Me figuro la entrada de ese señor, tímido como es, pidiendo disculpas por sentarse, por estar de pie, por pedir disculpas... (Cambiando.) Notarás, cuando nos hable, que es un poco tartamudo. Te lo advierto porque domines la risa, si se atascara en alguna palabra. A pesar de ese defecto ha llegado a las alturas. Como podemos subir con mi nueva ocupación. Se acabarán las penurias. Te convertirás en una gran señora...

LA MUJER ¡Cállate!

EL MARIDO Ah, ¿no te gusta verte hecha un personaje, sin envidiar a nadie? Al fin dejarás de compararte con la vecina del primer piso. Si ella tiene alhajas, tú más. Ni tan siquiera será nuestra vecina. Nos mudaremos de este cuchitril a una gran casa, con sol y buen aire.

LA MUJER ¡Ya hay bastante!

EL MARIDO No es este el cuento de la lechera. Mis antecedentes son los mejores, de sobra lo sabes. Además, ese señor traerá el contrato en el bolsillo. Me lo ha repetido su secretario.

LA MUJER ¿Y si no viniera por cualquier causa?

EL MARIDO Imposible. Ya hemos puesto la casa en disposición de espera. Todo se encuentra al acecho: el balcón entreabierto, el mullido sillón, esta luz de la puesta de sol son disimuladas trampas en que habrá de caer inevitablemente.

Hasta mi traje nuevo, en el que todavía no encuentro el lugar de los bolsillos, es un señuelo que le atrae.

LA MUJER Fantasías.

EL MARIDO Si a pesar de todo no acudiera, ¡adiós ilusiones! Nuestro gozo en un pozo. Vuelta tú al guisoteo y yo a mis cien trabajos: copias a máquina, clases de redacción, nociones de francés...

LA MUJER ¿Estás acusándome?

EL MARIDO ¿De qué? (Pausa.) Puede haber ocurrido que, de momento, no haya encontrado la calle, porque le han cambiado el nombre. O que su coche no haya podido cruzar una plaza mientras pasaba una fila interminable de soldados.

LA MUJER Locuras.

EL MARIDO Figurémonos que llegara ahora mismo, y yo, en vez de hablarle de mi contrato, le contara la gran impresión que me llevé el día en que descubrí aquel ahogado. (Breve silencio.) ¿Tú no has sentido nunca ganas de echarlo todo a perder, de mandar al diablo aquello que has estado esperando años enteros, cuando lo tienes al alcance de la mano?

LA MUJER ¡No hagas nunca eso!

EL MARIDO Descuida. Pero supongamos que hubiera estado aquí sin darnos cuenta nosotros. Pudo haber llamado al timbre mientras discutíamos. (Se sienta en una silla, detrás de la mesa.)

LA MUJER ¡Di que no!

EL MARIDO Digo que no, aunque todo es posible suponerlo. Suponte, por ejemplo, un rebaño de corderos...

LA MUJER (Desconcertada.) Sí.

EL MARIDO Como puedes suponerte cuál es el sabor de la pimienta.

LA MUJER Sí.

EL MARIDO Imagínate el escozor de una quemadura, la sacudida de una corriente eléctrica, el aire que respiramos...

LA MUJER ¡Cállate!

EL MARIDO El tacto del terciopelo, andares sigilosos, fuerzas ocultas, espontáneas volaterías...

LA MUJER Es imposible aguantarte.

EL MARIDO Figurémonos que me aguantas, como podemos representarnos un columpio balanceándose, cuarenta sonrisas, mariposas de papel, gracias, gracias...

LA MUJER ¡Te dejaré solo!

EL MARIDO Presiento mi soledad: sombra fresca, palabras intempestivas, airosas formas...

LA MUJER ¡Me dan ganas de llorar!

EL MARIDO Imagínate que no lloras (solloza LA MUJER), que estás seca, sin párpados, sin ojos, sin lágrimas en los ojos, sin paño de lágrimas... (Breve pausa.) Como puedes imaginarte la película más perfecta de la época.

LA MUJER ¡Tenía yo razón! Confiesa que la recuerdas.

EL MARIDO Sí. Igual que podemos representamos una visita importante, los colores del arco iris, nubes de verano, cosechas en sazón, caballos desbocados, lluvias de serpentinas... (LA MUJER le cubre la boca con las manos. EL MARIDO se debate en su asiento, deja oír unas palabras —«efusivos abrazos, flores artificiales...»— y cae de espaldas, en grotesca postura, a un empujón de su mujer. El trágico pelele, tumbado boca arriba, no alienta ni da signo de vida.)

LA MUJER ¡Tengo razón! Óyelo bien. ¡Tengo razón! ¡Viste la película! (Pausa breve.) Responde, obstinado. (Intenta mover al MARIDO y se aparta de él con miedo. Pausa larga. Sin mirar al MARIDO. Implorante.) Háblame una sola palabra, aunque no sea para darme la razón. Dime: «Descuidaste lo que había en el fuego y se está quemando». O cualquier otra cosa: «Comprendí que la visita había llegado». (AL MARIDO. Diciendo sus miedos.) ¡Si callas, que sólo sea por llevarme la contraria! ¡No quiero que haya otra causa de este angustioso silencio!

Queda ausente LA MUJER. Larga pausa. Reaparece EL VISITANTE por la puerta de la derecha. Recoge los guantes que había olvidado en el sillón, se los pone lentamente y sale sin mirar nada¹.

TELÓN

¹ Esta acotación difiere de la original

PEQUEÑAS CAUSAS

Santiago de Chile
Julio y agosto de 1946

personajes

DOÑA ANGUSTIAS

40 años

PALOMA

hermana de la anterior. 17 años

ELISA

cuñada de doña Angustias. 48 años

MARIO

niño de 6 a 8 años

VISITACIÓN

criada. 30 años

CARMEN

criada. 23 años

Salón de una casa anticuada y lujosa. Accesos por ambos lados de la pieza. A la izquierda, hay una puerta cerrada. En escena, VISITACIÓN. Limpia el polvo con trájín de animalillo atareado. Llega CARMEN. Maneja un abrigo de niño, haciéndolo actuar como si fuera un personaje vivo.

CARMEN ¿Qué hacemos, Visitación? ¿Qué le diremos a la señora?

VISITACIÓN (Sorprendida.) ¿De qué desdicha me estarás hablando?

CARMEN Mira cómo viene.

VISITACIÓN ¿El abrigo? Carmen, ¿has manchado el abrigo?

CARMEN ¡Ojalá fuera eso! (Falsamente compungida.) ¡Nuestro niño! ¡Nuestro pobre niño! ¡Si supieras...!

VISITACIÓN (Sobresaltada.) ¿Le ha ocurrido algo a Mario?

CARMEN ¡Míralo cojear!

VISITACIÓN (Recobrándose.) ¡Ah! Cojear... (Ya dueña de sí.) ¡No sé qué te haría! ¡Me has asustado! (Siguiendo la broma. Hablándole al abrigo.) Mario, ¿se te ha dormido una pierna, como siempre te pasa? (Hace un silencio, cual si aguardara

respuesta.) ¿A mi rey le aprietan los zapatos? (Otra larga pausa.) ¿Quién te ha pisado, bien mío, un gordo muy gordo?

CARMEN Por lo visto, ha decidido no responderte.

VISITACIÓN Y si te doy un caramelo, ¿me contestas? (Silencio.) ¿Un caramelito como este? (Agarra bruscamente a CARMEN por el pelo y se lo estira.)

CARMEN Sí. Sí. Te contestaré.

VISITACIÓN (Tirándole más del pelo.) ¿Mario se ha quedado mudo?

CARMEN Dice que no está cojo; que anda así por no pisar las rayas del suelo. Debe ser supersticioso.

VISITACIÓN Eso es lo que te oigo a ti. Pero, ¿qué dice el pequeño?

CARMEN ¿Como quieres que un abrigo hable?

VISITACIÓN Si fue capaz de estar cojo, ¿por qué no ha de hablar también? (Deja en libertad a CARMEN.)

CARMEN ¿No tienes aguante? Sólo falta que tomes en serio mis bromas.

VISITACIÓN Las tomo como me gusta. Y quiero tomarlas a mal, porque de mi pequeño nadie se burla.

CARMEN (Repitiendo algo muy sabido.) Tú le llevaste en pañales... Tú le cuidabas cuando la escarlatina...

VISITACIÓN ¡Más quisiera hacer por él!

CARMEN Tú y doña Angustias. Y doña Angustias y tú. De la una a la otra, igual que una lanzadera. Y el pobre Mario, cada día más faldero y malcriado.

VISITACIÓN ¡Criticonas, que por nada se te desata la lengua!

CARMEN La señora y tú, repito. Y el pobrecillo hecho un dengue; como una figurita de pastaflora que se pudiera romper con sólo mirarla. No tiene aliento ni para empañar una lentejuela.

VISITACIÓN Carmen, ¡a ver si te guardas la lengua bravía!

CARMEN Hablo sin faltar a nadie, y si digo mal del niño es porque tú me provocas.

VISITACIÓN Así que soy la causante de tus murmuraciones.

CARMEN Sí, por tu maltrato.

VISITACIÓN ¡Ya estás retirando lo dicho! (La sujeta fuertemente de la muñeca.)
¿Retiras tus palabras contra Mario?

CARMEN No.

VISITACIÓN (Retorciéndole a conciencia la muñeca.) ¿Las retiras?

CARMEN (Muy calmosa.) Voy a gritar.

VISITACIÓN Grita. Y que vengan los señores. Les diré, sin faltar una coma, cómo tratas a su hijo. Vamos, grita.

CARMEN No quiero. Esto es cosa nuestra.

VISITACIÓN Así me gusta. Eres decidida. (Torturándole el brazo.) Te voy a poner a prueba. ¡Ahora, de rodillas! (Se arrodilla CARMEN.) Di: «Me arrepiento...»

CARMEN ¡No lo digo!

VISITACIÓN Mi paciencia irá más lejos que tu fortaleza. (Lleva el martirio hasta el límite.)

CARMEN ¡Me rindo, Visitación!

VISITACIÓN ¡Repite cuanto te diga! (Le dicta algo en voz muy baja.)

CARMEN (Repitiéndolo.) Me arrepiento... de haber... hablado mal... de Mario...

VISITACIÓN ¡Ya estás libre! (Se aparta.)

CARMEN (Levantándose.) No lo creo.

VISITACIÓN ¿Acaso no te he soltado?

CARMEN Solamente de palabra. Estoy muy escarmentada de ti. Eres demasiado absoluta para no sentir nuevas ganas de torturarme... Di conmigo: «Prometo por Mario...»

VISITACIÓN ¡No prometo nada por el niño!

CARMEN ¿Tú lo ves? ¿Ni mi libertad siquiera?

VISITACIÓN (Dudosa.) Bueno. «Prometo por Mario...»

CARMEN «...que no maltrataré más a Carmen.»

VISITACIÓN «... que no maltrataré más a Carmen.»

CARMEN (Muy jovial.) ¡Ahora sí! Yo más libre que un gorrión, y tú ahí, atada, como siempre.

VISITACIÓN ¿Que estoy atada?

CARMEN Cojo el abrigo y me voy en busca de tu mocoso apolillado.

VISITACIÓN Carmen, di quién me sujeta.

CARMEN Al colegio me voy por tu cagón, y a trotar por esas calles, y a respirar a mis anchas.

VISITACIÓN ¿Vas a decir quién me domina?

CARMEN Cualquier cosa. Supongamos que la mesita.

VISITACIÓN (Riéndose.) ¡Qué graciosa! ¡Una mesita es mi dueña!

CARMEN Ella. O el cenicero. O la moldura de un marco... La mesita puede estar mal colocada.

VISITACIÓN ¡Como si no hubiera tomado mis precauciones! Justo, encima de la mancha del piso ha de quedar esa pata.

CARMEN El cenicero puede estar sucio.

VISITACIÓN Si brilla como un espejo...

CARMEN Y después de tanto cuidado, viene doña Angustias y todo le parece mal hecho.

VISITACIÓN Con razón. Eso es lo malo: que no le faltan motivos. Doña Angustias, aunque esté bien mi trabajo, es capaz de convencerme de que nada hago a derechas, y cuando me dice torpe o inútil o algo por el estilo, hasta se me caen las cosas de las manos por confirmar sus ideas.

CARMEN (Irónica.) Te lo va a llamar en cuanto llegue.

VISITACIÓN Si no hay causa.

CARMEN Dirá: «Ese mueble está mal colocado».

VISITACIÓN No.

CARMEN «Visitación, eres la propia imagen de la torpeza. Otra vez la mesita fuera de sitio.»

VISITACIÓN Imposible.

CARMEN Y te someterá a la mesita, al cenicero, al cuadro.

VISITACIÓN Carmen, acércate y compruébalo.

CARMEN ¿Qué más me da si está bien o mal o regularmente puesta? Yo no soy esclava de un mueble, como tú. Adiós, que me voy a volar.

VISITACIÓN (Implorante.) Ven, Carmen. Me has puesto en dudas. Dime que está donde debe.

VOZ DE DOÑA ANGUSTIAS ¡Visitación!

CARMEN Te deseo que encuentre mal puesta la mesita.

VISITACIÓN (Amenazante.) ¡Me las pagarás todas juntas!

CARMEN (Con mohínes burlones.) Por Mario prometiste no tocarme... (Retrocediendo.) Y la mesa está mal puesta... (Sale.)

VISITACIÓN, por la duda, cambia de lugar el mueble.

VOZ DE DOÑA ANGUSTIAS ¡Visitación!

VISITACIÓN va hacia una de las entradas de la pieza. DOÑA ANGUSTIAS aparece por la opuesta. Lleva una bata de casa y un sombrero extravagante.

VISITACIÓN Señora, ¿es por la mesita?

DOÑA ANGUSTIAS ¡Qué mesita ni qué nada! Te llamo y emprendes la fuga. ¿Por qué huías?

VISITACIÓN Creí que me llamaba desde aquí...

DOÑA ANGUSTIAS Creí que... Pensé que... ¡Deja de creer y pensar, a ver si haces las cosas como es debido! (Cambiando.) ¿Llegó mi hermana?

VISITACIÓN Si no me engaño, está en su cuarto. (Da con los nudillos en la puerta de la izquierda.) ¡Señorita Paloma! (Escucha la respuesta.) Me pregunta qué quiero. (A DOÑA ANGUSTIAS.) ¿Qué quiero?

DOÑA ANGUSTIAS Eso tú te lo sabrás. Lo que quiero yo es que salga.

VISITACIÓN ¡Salga, señorita Paloma! ¡La llama doña Angustias! (Escucha la respuesta.) Dice que no puede salir. Está desnuda.

DOÑA ANGUSTIAS (Consigo.) ¿Qué hará desnuda?

VISITACIÓN Señorita Paloma, ¿qué hace desnuda? (Escucha la respuesta.) Dice que no me importa.

DOÑA ANGUSTIAS A ti, no; pero a mí mucho. (Va derecha hacia la puerta.)

VISITACIÓN Se ha cerrado por dentro.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Tú lo ves, Visitación? Todos se encierran. Basta que los necesite, para no encontrarlos. Y ninguno de ellos podría dar un solo paso sin mí. He de ocuparme de sus comidas, de sus trabajos, de su vida entera, y este es el pago que me conceden: la ausencia. (Una breve pausa.) Dame tu opinión, al menos. ¿Cómo encuentras mi sombrero?

VISITACIÓN (Estudiándolo mucho.) ¡Precioso!

DOÑA ANGUSTIAS Y mi anillo, ¿qué te parece?

VISITACIÓN (Deslumbrada.) ¡Precioso!

DOÑA ANGUSTIAS Entonces, no hay diferencia entre un anillo y un sombrero...

VISITACIÓN ¡Señora! (Que quiere decir: «No soy tan simple como se figura. No voy a confundir un anillo con un sombrero», etcétera, etcétera.)

DOÑA ANGUSTIAS ¿Eres de esas que con una sola palabra matan la diversidad del mundo? Tengo una amiga que cuando le gusta alguien dice que es «un encanto». Y «un encanto» es, para ella, el último libro que lee; la última reunión social fue «un encanto», y hasta los perros amables le parecen «un encanto». (Irritada.) ¡Precioso el sombrero, precioso el anillo, precioso el paisaje! ¡Este sombrero no es precioso!

VISITACIÓN (Turbada.) No lo es.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Por qué dijiste que sí?

VISITACIÓN ¡Señora! (Que significa: «Me he liado, pero el sombrero es precioso».)

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué significa ese «¡Señora!»? ¿Que te he obligado a renegar del sombrero, aunque te gusta?

VISITACIÓN Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Y antes, cuando dijiste «¡Señora!», ¿indicabas que no eres tan simple como para confundir un anillo con un sombrero?

VISITACIÓN Sí.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y empleas la palabra «señora» al referirte a cosas tan diversas?

VISITACIÓN ¡Señora!

DOÑA ANGUSTIAS ¡No soy señora! ¡Soy la pobre más desamparada que hay en este mundo!

VISITACIÓN (Llena de buen deseo.) Si puedo ayudarla en algo...

DOÑA ANGUSTIAS ¡Me, me, me! Mosquita muerta, ¿de qué sirves? Pregunto por mi sombrero y me dices que es bonito.

VISITACIÓN Se lo digo de corazón...

DOÑA ANGUSTIAS Aunque así sea, no me parece una respuesta. En mi pregunta te preguntaba otras cosas.

VISITACIÓN (Resignada.) ¿Cuáles?

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué sé yo? Para eso te interrogo. Mientras no encuentres respuesta a los cientos de preguntas que puedo hacer sobre el sombrero, y

que aún no se me ocurren, no me daré por contestada. (Pausa.) Dime, de verdad, ¿te gusta?

VISITACIÓN Con locura.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y no ves la pluma deteriorada y el fieltro raído por esta parte; la gasa suelta y la cinta desteñida y deformada la copa? ¿No aprecias tantos defectos?

VISITACIÓN Sí, porque usted me los muestra.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Si seré boba! ¡Consulto a ciegos y encima debo servirles de lazarrillo! ¡Estoy segura de que hay muchísimos detalles que se me escapan y, como siempre, nadie sabe descubrirlos, nadie me sirve de ayuda! ¡Me he lucido! ¡Ahí se queda ese adefesio! (Deja el sombrero en una silla y se va hecha una ráfaga)

VISITACIÓN contempla, arrobada, el sombrero. No se atreve a tocarlo. Después, se decide y lo admira, levantándolo a la altura de los ojos. Le da muchas vueltas. «¿Y si me lo probara? Si no viniera nadie...» Se lo prueba. «Es lástima que no haya espejo en la sala. ¿Por qué retiraron el espejo grande? El cenicero puede servir para verme: Si brilla como un espejo...» Pero llega DOÑA ELISA y sorprende a la criada².

ELISA ¡Muy bien! ¡Pero que muy bien!

VISITACIÓN (Turbada.) Doña Elisa...

ELISA No. No te lo quites. Quiero ver cómo te sienta.

VISITACIÓN Puede venir alguien...

ELISA ¿Y qué, yo no soy nadie?

VISITACIÓN Disculpe si la ofendí.

² El monólogo incluido en esta acotación pertenece al fuero interno de la criada

ELISA ¿No he venido y te he visto con él puesto?

VISITACIÓN Es que no todos son tan comprensivos como usted...

ELISA ¿Lo dices por mi cuñada?

VISITACIÓN (Retirando velas.) En absoluto. Doña Angustias es una seda.

ELISA ¿Es malo mi hermano?

VISITACIÓN ¿Su hermano? Dios me guarde; no conozco a nadie mejor.

ELISA Entonces será Paloma...

VISITACIÓN ¡Qué ocurrencia! Si parece un cascabel...

ELISA Bueno, como no temes a nadie, te quedas con el sombrero puesto mientras lo miro con calma.

VISITACIÓN Doña Elisa, ¿y si viene alguien?

DOÑA ANGUSTIAS (Que regresa). Si viene alguien, preguntará qué carnaval es este.

ELISA No reclames. También quedas invitada. Le pedí que se pusiera ese sombrero. Quise comprobar hasta dónde llegan las extravagancias de Paloma.

DOÑA ANGUSTIAS (Asociando ideas.) ¿El sombrero? ¿Extravagancias de Paloma?

ELISA Tú se las censuras más que nadie.

DOÑA ANGUSTIAS Claro que sí. Pero no veo la relación.

ELISA Un sombrero tan extraño no puede ser más que de tu hermana. Y hay que vérselo puesto a alguien para apreciar todo lo raro que es.

DOÑA ANGUSTIAS De modo que te parece ridículo...

ELISA Ridículo es poco decir. Horroroso. (Despectiva.) En fin, bueno para una niña bonita como es ella.

DOÑA ANGUSTIAS (Con encono.) Para una niña bonita... ¿Y si te dijera que el sombrero es mío?

ELISA Como broma puede pasar.

DOÑA ANGUSTIAS Puede pasar como quieras toda esta burla que has tramado, porque el sombrero es mío, y muy mío.

ELISA ¿Qué me dices?

DOÑA ANGUSTIAS Lo que oyes. Y no me vengas con disimulos, porque Visitación sabía de quien era.

VISITACIÓN (Muy rápida.) Doña Elisa no me dio tiempo de advertirle nada.

DOÑA ANGUSTIAS Mejor. Ahora ya sé lo que piensa de mí. Hablaba sinceramente porque creía que el sombrero era de otra. (A ELISA.) Gracias por haberte expresado con lealtad.

ELISA Angustias, eres tremenda. Censuran a tu sombrero y es igual que atacar a tu persona. Lo tuyo no eres tú.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Cómo que no? Somos aquello que escogemos. Y si escoges un paraguas ridículo, y un vestido y unos zapatos ridículos, eres una ridícula sin paliativos. (A VISITACIÓN.) Antes desprecié el sombrero y le puse inconvenientes porque quise que me lo elogiara alguien. ¿Es la primera vez que eso se hace? La verdad es que me gusta. ¡Iba a salir con él puesto, y no salgo, y no me gusta! ¡Visitación, devuélveselo al muchacho!

ELISA ¡Angustias, espera un poco!

DOÑA ANGUSTIAS (A VISITACIÓN, que vacila.) ¡Obedece! (Sale VISITACIÓN.)

ELISA ¡No seas tan repentina! (Suplicante.) Oye. Tenme consideración.

DOÑA ANGUSTIAS (Después de un silencio. Reparando en la réplica de ELISA) Así que yo —yo, la que padece tus burlas— además debo tenerte consideración...

ELISA Tan molestas como tú hemos quedado nosotras.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Queréis que os consuele encima? (Fingidamente.) Pobrecita Elisa, ha sufrido hasta no poder más al reírse demasiado de mí. ¿Necesitas valeriana o agua de azahar para los nervios?

ELISA Angustias, entra en razón.

DOÑA ANGUSTIAS Claro. Como soy una maniática imposible, os acuso sin motivo. Seguramente no erais vosotras las de la broma.

ELISA Nadie pretendió burlarse. Tenlo por cierto. Créeme.

DOÑA ANGUSTIAS Menos mal. Sois tan amables... (Iluminándose.) ¡Ahora lo entiendo! Dejo el sombrero en la silla, él solo se encarama sobre Visitación, se le para en la cabeza y os hace representar una farsa involuntaria. ¿No es así?

ELISA Mira, prefiero no responder.

DOÑA ANGUSTIAS (Con sorna.) Elisa, siempre dulce, siempre buena, se conforma y calla. Elisa como su nombre: sosegada, mansa, Elisa.

ELISA ¡También tengo mis asperezas!

DOÑA ANGUSTIAS Y yo, como el mío: Angustias, ¿verdad? Una torturada inaguantable.

ELISA Nadie ha dicho eso.

DOÑA ANGUSTIAS Y mi hermana, por llamarse Paloma, una volandera llena de alas. Una destarifada con la cabeza a pájaros.

ELISA Mi hermano se llama Héctor. Tan bien o mejor que yo conoces a Héctor. Pese a su nombre de héroe, tu marido es incapaz de matar una mosca. Hace mucho, siendo niños, nos encaramamos a una tapia. Atrapé una lagartija y se la di. ¿Crees que se atrevió a cogerla? Dijo que tenía el pulso a flor de piel y no quiso ni tocarla.

DOÑA ANGUSTIAS Elisa, siempre sensata, lleva la conversación por las pendientes más suaves. Evoquemos el pasado, acudamos al recuerdo, que en esa limpia región todo parece tranquilo... (Muy brusca.) ¡Estoy harta de tus habilidades! ¡Si lo quieres, Héctor será un pusilánime y Paloma la más reposada de las criaturas! ¡No me importa esa teoría de los nombres!

ELISA Es tuya.

DOÑA ANGUSTIAS No me importan ni mis pensamientos, ni mis gustos, ni nada que me pertenezca.

ELISA (Conciliadora.) Deja, al menos, que yo me interese por ellos.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Hipocresías! Haces como yo, cuando me dan una hoja de propaganda: finjo leerla para no herir al que me la entrega. ¡Simula interés por mí! ¡No me echas el anuncio a la cara!

ELISA ¡Angustias!

DOÑA ANGUSTIAS ¿Voy a ignorarlo? Me pasáis por alto, como esas frases que nunca leemos en las novelas —«dijo Fulano», «replicó Mengano»—. Igual que un cero a la izquierda, así estoy en esta casa. Pero sed francos y decídmelo de frente.

ELISA (Fuerte.) ¡Lo haremos, si es que te empeñas!

DOÑA ANGUSTIAS (Muy suave.) Con tal de molestarme, hasta seríais capaces de llegar a la sinceridad...

PALOMA (Que sale de su cuarto.) Buenos días. Por suerte vuestra, ¿habéis visto a Paloma?

DOÑA ANGUSTIAS Para mi mal no he terminado de verte.

PALOMA ¿Y qué te parece? ¿Lista, aunque nada torpe?

DOÑA ANGUSTIAS Un crío mal educado.

PALOMA Te equivocas. Esa no es Paloma.

DOÑA ANGUSTIAS Un solemne mamarracho. El ser más atravesado de la creación.

PALOMA Tendremos que retirarle el saludo. Yo no me trato con alimañas.

DOÑA ANGUSTIAS ¡No estamos para juegos, Paloma!

PALOMA ¡Qué casualidad! Ni yo estoy para tristezas. Es igual, pero al revés.

ELISA Paloma, ten cordura.

PALOMA Comprendedme: un día que pasó de azul a blanco es lo que se llama un día señalado.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Estamos hartas de tus incoherencias!

PALOMA Y en un día así hay que sentirse alegre. Eso es todo. Y se acabó.

ELISA (A PALOMA.) Enhorabuena por tu alegría. Ahora vale más que te vayas con buen viento.

DOÑA ANGUSTIAS De ningún modo. Debo de ajustarle cuentas. Si no se hubiera encerrado cuando vine a consultarla, de otro humor me encontraría. (A PALOMA.) ¿Qué hacías desnuda en tu cuarto?

PALOMA (Después de una ligera inclinación.) Hermana, mucho me honras.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Basta ya de incongruencias!

PALOMA ¿Incongruencias? Ninguna. Si viniste a consultarme, a pesar de parecerte estafalaria, debo sentirme honradísima. A una tarambana pocas veces la requieren...

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué hacías desnuda? ¡Responde!

PALOMA Pues bien, vista la curiosidad, confieso que estaba desnuda para cambiar un día azul en un día blanco.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Te has propuesto ponerme peor de lo que estoy?

PALOMA A mí el paso del azul al blanco me ha dejado como nueva.

DOÑA ANGUSTIAS ¡La muy cerril! ¡La muy desconsiderada!

PALOMA (Arrastrando mucho las erres. Imita un acento extranjero.) Si ella querer, yo hablar. Si ella no querer, yo no hablar.

ELISA Adelante. Concluyamos de una vez.

PALOMA Esta mañana me encontré con un chico que tiene cara de Rodolfo.

ELISA Bueno.

PALOMA Pero se llama Francisco.

DOÑA ANGUSTIAS (A ELISA.) Tú síguele la corriente. Verás dónde desembocas.

ELISA (A PALOMA.) ¿Qué más?

PALOMA Al enseñarle una foto, me dijo: «No se te parece mucho». Yo le contesté: «Seguramente el fotógrafo me la hizo de memoria...». Sentí ganas de azuzarle. Subimos a un autobús: «Si yo fuera el conductor, no le pararía a cierta gente. Aunque me echaran», le dije. Y después, ante un comercio: «Si yo fuera esa empleada, no le vendería a ciertos tipos. Aunque me echaran». Y así sucesivamente... Se indignó, le dije dos cosas fuertes y me fui. Luego, cuando llegué a casa, encontré la razón de mi mal genio; un tirante me apretaba demasiado, obligándome a decir impertinencias. Me desnudé. Cambié de ropa interior; la estrecha por la holgada, un juego azul por uno blanco, ¡y aquí me tenéis gozosa! ¡Un día blanco es un día blanco! ¡Se disipó el mal humor!

DOÑA ANGUSTIAS Y al quitártelo de encima lo arrojaste sobre mí.

ELISA No seas injusta, mujer.

DOÑA ANGUSTIAS Tienes razón, que no es una la causa de mi disgusto. Paloma tuvo su culpa, como la tuviste tú al burlarte del sombrero y Visitación al prestarse a tus manejos.

ELISA Te vas a volver tarumba de tanto puntualizar. Este hizo aquello, el otro hizo lo de más allá...

DOÑA ANGUSTIAS (Aludiendo a PALOMA.) Será mejor vivir como ella: «Angustias, ¿qué número de calzado gasto? ¿Quieres decirme cuánto mido de cintura?»

PALOMA No. Sin duda que vale más estar pendiente de todos, sin dejarnos ni un respiro. Tu hijo es el más contento de tan extremadas atenciones.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Es mío y haré de él lo que quiera!

PALOMA Un cadáver. Eso harás. Guardas su primer bucle, el primer diente, la primera página que escribió, y todo lo vas embalsamando, ocultándolo en un nicho oscuro.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Conservo lo que me pertenece!

PALOMA Cuando tiene ganas de dibujar, «¿por qué tendrá ganas de dibujar?» Si no quiere dibujar, «¿por qué no dibuja Mario?» Si juega mucho: «Algo tiene, no es normal que juegue tanto». Si no juega: «Debe estar enfermo el niño...»

DOÑA ANGUSTIAS ¡Cállate ya!

PALOMA Aunque Mario no es un mapa de esos del siglo catorce.

ELISA Bonita comparación.

PALOMA Quiero decir que no tiene zonas indeterminadas. Domina el lenguaje en clave: «Ti-an-ti-gus-ti-tias-ti-es-ti-bo-ti-ba». El estilo telegráfico lo aprendió bas-

tante bien: «Compláceme mucho compañía Paloma. Abrázote». Odia los abrigos, las camisetas de lana...

DOÑA ANGUSTIAS Será mejor que se constipe cada dos por tres.

PALOMA Detesta la mano de la criada que lo conduce al colegio.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Y que lo suelte y me lo atropellen en una esquina!

PALOMA En cuanto viene conmigo se demuestra como es: un chico alegre y despierto. Sólo porque sé levantarle las prohibiciones.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Tú tendrás la culpa de lo que pueda ocurrirle!

PALOMA ¿La culpa? El tirante que me apretaba tuvo la culpa de mi mal genio. ¿Debo tomar represalias contra él? (Cambiando.) Angustias, no disputemos. Paz con paz. Ayúdame a salir de uno de mis embrollos. ¿Puedes decirme dónde está la pulsera que ayer dejé en esta mesa?

DOÑA ANGUSTIAS En el comedor la tienes.

PALOMA ¡Qué misterio! Se fue sola. ¿Quién se la llevó tan lejos?

DOÑA ANGUSTIAS Tú misma. Allí la pusiste.

PALOMA Voy por ella, no se me escape otra vez. (Sale.)

DOÑA ANGUSTIAS (Tras un silencio. Con rencor.) Ahora, porque me tienes delante, no te atreverás a criticar mi mal gusto...

ELISA Perdóname y acabemos la cuestión.

DOÑA ANGUSTIAS Ni afirmarás que soy un esperpento, como antes proclamabas.

ELISA ¡Jamás he dicho tal cosa!

DOÑA ANGUSTIAS El sombrero estaba bien para una niña bonita... ¿Reconoces tus palabras?

ELISA Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Luego el sombrero no podía convenirle a un vejestorio como yo. Seguramente deduzco mal...

ELISA Piensas bien, pero no te acercas a la verdad. Ya sabes que tus facciones...

DOÑA ANGUSTIAS No. Si no te voy a obligar a que me encuentres bien parecida. (Una pausa.) Quisiera escucharte detrás del tabique. A lo mejor opinas como Paloma de la educación de Mario.

ELISA Siempre te reprocharé tus excesivos temores.

DOÑA ANGUSTIAS Si tuviese más de un hijo, quizá pudiera mirarlo de diferente manera. Pero así me es imposible. En él prolongo mi vida. Río en su risa; sufro sus congojas. Y cuando pienso en la delicadeza de su cuerpo, me estremezco: cualquier mal puede atacarle.

ELISA Creo que exageras.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Yo he visto a un niño partido en dos y a una mujer bramando como un gran animal! ¿Exagero? Si no fuera por mí, estoy segura de que lo dejaríais morir en un rincón. Respóndeme, ¿quién le cuenta, una por una, las cucharadas de caldo? ¿Quién le compone batallas con las migas de pan, para que se las coma, y le dice: «Este es Jonás que entra en la ballena», por ver si abre la boca y se traga un pedacito de carne que cuesta trabajo verlo? ¿Quién está pendiente de él día y noche?

ELISA Pero si tú no le dejas vivir con tanto manoseo...

DOÑA ANGUSTIAS Aún resultará que no le quiero y por eso le procuro todo el mal posible.

ELISA No, Angustias, tú le cuidas mucho.

DOÑA ANGUSTIAS Mucho, sí. Pero como le cuido mal, cuanto más le cuide, peor para él. Veo que piensas como Paloma.

ELISA Bueno, Vamos a dejarlo.

DOÑA ANGUSTIAS Claro. Vamos a dejarlo. Echémosle tierra al asunto y que no se resuelva nada. Esa comodidad os cuadra muy bien.

ELISA Se hará todo como gustes. Cumpliremos tus deseos, y no discutamos más.

DOÑA ANGUSTIAS Mis deseos... ¿Cuáles serán mis deseos? Ni yo misma los conozco.

ELISA Los inventaré, si quieres.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Eres de una crueldad sin nombre! ¡Y por vosotros estoy trabajando desde las siete de la mañana!

ELISA ¿Y eso qué tiene que ver?

DOÑA ANGUSTIAS Nada. Que yo me levante antes que nadie y me mate por dejarlo todo como es debido, no tiene nada que ver.

ELISA Claro que no.

DOÑA ANGUSTIAS Más me valiera ser una malfatana, de esas que se conforman con darse un poco de colorete a la cara y se van a presumir por esas calles de Dios. Mejor me consideraríais. Estoy segura. Pero no lo verán vuestros ojos. Yo sabré estar en mi sitio. ¡Aunque os moleste! ¡Aunque tenga que esforzarme por lograrlo!

PALOMA (Que llega.) No te sofoques, Angustias. La alfombra sin una arruga. Brilla la cristalería. La pulsera en mi muñeca.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué estás diciendo, Paloma?

PALOMA El orden reina en la casa. Penden graciosamente las cortinas. Los libros agrupan sus lomos uno al costado del otro. Además, el portero ha llegado a diecisiete.

ELISA A lo mejor fueron veinte.

PALOMA He tenido la paciencia de contarlos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco... Así hasta diecisiete.

ELISA Debemos felicitarle porque no ha llegado a veinte.

PALOMA Es verdad. Se merece un cálido homenaje. Delego en ti. Ve y dale la enhorabuena.

DOÑA ANGUSTIAS ¿De qué estas hablando, Elisa?

ELISA ¡Qué sé yo! ¿No tiene mérito seguir la conversación sin saber de qué se trata?

PALOMA Pero si es muy sencillo... El portero, cuando empieza a estornudar, no termina nunca. Esta vez se ha detenido en el estornudo que hacía el número diecisiete.

DOÑA ANGUSTIAS Toda la vida serás la misma: una descosida que empieza las frases por la mitad.

PALOMA Lamento mi modo de hablar. Lamento que la lluvia haya constipado al portero. Lamento...

DOÑA ANGUSTIAS (Asustada.) ¿Lluvia, dices?

PALOMA Lluvia: frecuente fenómeno físico —tres efes—, producto de la condensación del vapor de agua de la atmósfera.

DOÑA ANGUSTIAS (Dirigiéndose a una de las entradas de la sala.) ¡Visitación!

VISITACIÓN (Que aparece por la opuesta.) Señora, ¿es por el sombrero?

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué sombrero? ¿Llegó Mario?

VISITACIÓN Sí, señora. Hace un momento.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y se mojó?

VISITACIÓN Casi nada.

DOÑA ANGUSTIAS Seguro que está empapado hasta los huesos.

VISITACIÓN Un poco los pies.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y qué más?

VISITACIÓN Pero ya le hemos secado.

DOÑA ANGUSTIAS A espaldas mías. Ocultándolo. ¿Cuántas veces he de repetir que quiero enterarme de todo?

VISITACIÓN (Con temor.) Le mudamos los calcetines.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y qué más?

VISITACIÓN Le froté la cabeza con una toalla y le di un ponche caliente.

DOÑA ANGUSTIAS Ya lo veis. Todo ese desbarajuste, para ella fue «casi nada». Luego creed que exagero cuando me ocupo de Mario. ¿Qué me decís ahora?

PALOMA Yo digo: Visitación, ve al comedor, miras fijamente el reloj, te aprendes la hora de memoria y después me la repites. (Sale VISITACIÓN.)

DOÑA ANGUSTIAS Paloma, ¿qué chanza es esta?

PALOMA Ninguna. He aprendido de ti a ser exacta. Quiero saber a qué hora se produjo el gran acontecimiento: ese remojón de Mario...

DOÑA ANGUSTIAS ¡Si no fuera porque me reclama el niño, ten por seguro que me ibas a oír! (Sale.)

ELISA (A PALOMA.) No has debido ser tan dura. Parece mentira que la conozcas.

PALOMA Yo siempre espero un milagro. La sacudo, a ver si puede cambiar.

ELISA Ahora estará padeciendo porque se ha mojado el chico...

PALOMA Y si no, por otra cosa. De niña llegó a llorar porque se podía destruir en un momento una obra que había costado años hacerla. Cuando nos compra alimentos, si alguno sale podrido, empieza a desesperarse, como si fuera culpable de sus malas condiciones.

ELISA Es verdad. Todo le afecta. Su conciencia es infinita. De esto pasa a lo otro. De lo otro a lo de más allá. Nunca se sabe cómo detenerla.

PALOMA Si se detiene, peor: queda parada en el sufrimiento.

ELISA Y entonces tampoco es posible consolarla...

DOÑA ANGUSTIAS (Cruza la sala y se dirige al lugar por donde salió VISITACIÓN.) ¡Visitación!

VISITACIÓN (Que entra por la parte opuesta.) Señora, son las doce y media.

DOÑA ANGUSTIAS Te he llamado por aquí. Ya estoy harta de que huyas de mi voz o de que aparezcas por donde no te busco o de que traigas respuestas a cosas que no pregunto. Da la vuelta y entra por donde te llamo. (Sale VISITACIÓN.)

DOÑA ANGUSTIAS (A ELISA, que intenta hablar.) ¡No me digas nada! (Silencio largo.)

VISITACIÓN (Que regresa.) ¿Es por el niño, señora?

DOÑA ANGUSTIAS Por los dos dedos de polvo que hay sobre el armario. Por las revistas amontonadas en el sofá. Por el mal olor del guiso que invade la casa entera. ¿Consideras que hay motivo?

VISITACIÓN Usted no me advirtió nada...

DOÑA ANGUSTIAS Yo tengo que estar en todo. Y si no se me ocurren las cosas, no se le ocurren a nadie. ¿Me negarás que ese cuadro está inclinado? (Lo endereza.) ¿Qué te tengo dicho? ¿Y la mesa, la encuentras bien colocada? ¿No sabes poner esta pata sobre la manchita del suelo, así, dejándola conforme? Se me hace difícil suponer alguien más torpe que tú. Vete y abre los balcones y ventila, quita el polvo del armario y ordena las revistas. ¡Y que se te ocurran las cosas! (Sale VISITACIÓN.)

PALOMA ¡Injusta! ¡Injusta cien veces!

ELISA Porque el niño se mojó, no hay motivo de ensañarse con esa pobre mujer.

DOÑA ANGUSTIAS Ladrado fuerte, que estoy sola.

PALOMA Tan ordenada, tan previsora, y le sorprende la lluvia.

ELISA Calla, Paloma. No te enzarces. (Variando.) Angustias, ¿cómo está Mario?

DOÑA ANGUSTIAS (Muy seca.) Bien.

ELISA ¿Todo conforme?

DOÑA ANGUSTIAS Sí.

ELISA Menos mal.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Insinúas que hubiera vuelto yo aquí, necesitándome él?

ELISA Nada. Nada.

DOÑA ANGUSTIAS (Desafiante.) ¡Es que creía...! (Un largo silencio.)

ELISA (Intentando romper el hielo.) ¿Va a ir al colegio esta tarde?

DOÑA ANGUSTIAS ¡Ya lo he dicho todo!

ELISA Bueno, mujer.

Tras una pausa muy prolongada, se oye un creciente murmullo de voces. Entra CARMEN, perseguida por VISITACIÓN.

VISITACIÓN ¡No le hagan caso! ¡Es mentira!

CARMEN La señora quiere al niño...

VISITACIÓN ¡Son historias! ¡No la escuchen!

DOÑA ANGUSTIAS Pero, ¿adónde hemos llegado? ¿Que yo no quiero a mi chico?

VISITACIÓN Demasiado. (Aludiendo a CARMEN.) Y de eso viene a aprovecharse.

CARMEN ¡La señora no desea que le ocurra nada a Mario!

DOÑA ANGUSTIAS (Sobresaltada.) ¿Qué le pasó? ¡Dime! ¡Pronto!

VISITACIÓN (Interponiéndose.) La verdad. Hace un rato, tuvimos unas palabras, y Carmen, para vengarse, me deseó que la mesa no estuviera en su lugar. Me vinieron dudas, la cambié de sitio y usted la encontró mal puesta. Irritada, fui a la cocina y la maltraté. Entonces ella me dijo: «Te vas a fastidiar. Ahora lo pagará tu niño mimado. Lo acusaré a doña Angustias...»

CARMEN No lo acusaré, descansa. Pero la señora no quiere que el niño se asome al balcón.

VISITACIÓN Miren si es retorcida. Lo denuncia, diciendo que no quiere denunciarlo.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué hizo? ¿Se asomó al balcón?

CARMEN Esta mañana le sorprendí con medio cuerpo fuera de la baranda. Embozado, mirando a los que pasaban por la calle.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Trae a Mario! ¡En seguida! (Sale CARMEN.)

PALOMA Angustias, ¿qué vas a hacer?

DOÑA ANGUSTIAS Educarlo.

ELISA Déjame. Yo me encargaré de él.

VISITACIÓN No lo castigue, señora. Se acobarda, pierde el tino y no sabe lo que hace.

DOÑA ANGUSTIAS La tercera que intercede... Pero eso se acabó. Vaya si se acabó. Desde ahora no dejaré que intervengáis en nada que le concierna. ¡Ya me aburre componer perpetuamente lo que los demás destrozan! (Largo silencio.)

CARMEN (Que llega con MARIO.) Aquí está el muy rebelde. Se resistió. No quería venir.

VISITACIÓN ¿De qué más vas a acusarle? ¡Vean cómo le gusta mover el hierro en la herida!

DOÑA ANGUSTIAS ¡Silencio! (Se sienta con mucha calma. Al niño.) ¡Acércate! (El niño obedece.) Mario, ¿te sabría mal que hubiéramos padecido?

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y sobre todo por causa tuya?

MARIO Claro.

DOÑA ANGUSTIAS Tú sabes que todos te queremos mucho.

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Tienes más juguetes que ninguno de tus amigos.

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Más libros y más lápices de colores.

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Y hasta una gran caja de acuarela.

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Tienes queja de nosotros?

MARIO Ninguna.

DOÑA ANGUSTIAS Di la verdad. ¿Me cambiarías por otra madre mejor?

MARIO No.

DOÑA ANGUSTIAS Tú comprendes que todos deseamos tu bien.

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Aunque te castigemos cuando lo mereces.

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Nunca te hemos pegado, como le pasa a tu amigo Enrique.

MARIO Nunca.

DOÑA ANGUSTIAS Ni te dejamos sin postre, como le hacen a Fernando.

MARIO Tampoco.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Pero hay cosas que no se pueden consentir!

MARIO (Se mantiene en silencio.)

DOÑA ANGUSTIAS La desobediencia es una costumbre muy fea.

MARIO (Sigue callado.)

DOÑA ANGUSTIAS Si un niño desobedece, ¿merecerá que le reprendan?

MARIO (Asiente con la cabeza.)

DOÑA ANGUSTIAS ¿Lo reconoces francamente?

MARIO Sí.

DOÑA ANGUSTIAS Pero aquí somos tan buenos que no vamos a reñirte. Dame un beso.

PALOMA ¡Eres insoportable!

DOÑA ANGUSTIAS ¡Silencio! (A MARIO.) Dame un beso. (Se lo da.) ¿Tú ves qué fácil es obedecer? Como es tan sencillo, tomas lápiz y papel, y me escribes cinco veces: «No me asomaré al balcón». Fíjate bien: «No me asomaré al balcón». ¿Cuántas veces?

MARIO Cinco.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué has de escribir?

MARIO «No me asomaré al balcón».

DOÑA ANGUSTIAS Y no olvides. En cuanto acabes, lo traes.

Sale MARIO.

PALOMA ¡Qué suplicio! Se me hizo una eternidad.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Va a cumplir!

PALOMA ¿A costa de qué?

DOÑA ANGUSTIAS Ni me importa.

PALOMA A costa de verse humillado ante nosotras. Es más sensible de lo que te figuras.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Prefieres que se asome al balcón, y que se le venza el cuerpo y se estrelle en las baldosas?

VISITACIÓN ¡Señora, no diga eso!

DOÑA ANGUSTIAS Los hechos pueden ser más crudos que las palabras.

PALOMA Quiero que se moje los pies en todos los charcos, igual que hice yo de niña. Y que se suba a los árboles y se destroce la ropa antes de que le venga corta.

VISITACIÓN ¡Señorita Paloma!

PALOMA (Desafiante.) ¿Qué pasa?

VISITACIÓN Por lo que más quiera, no siga.

PALOMA Sólo deseo que viva como cualquier chico de su edad. ¡Ni más ni menos!

VISITACIÓN Sí. Sí. Comprendo. No siga. (A DOÑA ANGUSTIAS. Muy temerosa.) Señora, perdóneme.

DOÑA ANGUSTIAS (Asombrada.) ¿Yo? ¿Por qué debo perdonarte?

VISITACIÓN (Trata de hablar y se interrumpe con un gesto de duda.)

DOÑA ANGUSTIAS Si no hay motivo de nada...

VISITACIÓN (Cavilosa.) Es verdad...

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué sientes, Visitación?

VISITACIÓN Incertidumbres... No sé... Busco y me encuentro perdida... (Inquietísima.) Quisiera seguir un hilo que se me va de las manos... (Recordando. A DOÑA ANGUSTIAS.) Empecé por molestarla al probarme su sombrero...

ELISA (A DOÑA ANGUSTIAS.) Culpa mía. Yo la obligué a que se quedara con él puesto.

DOÑA ANGUSTIAS Lo pasado, pasado. Aquello del sombrero se olvidó.

VISITACIÓN Usted es muy bondadosa. Pero hay algo que me obliga a pedirle perdón... (Reflexionando.) Además de ponerme su sombrero, martiricé a Carmen en la cocina... ¡Y le prometí por Mario que no la maltrataría!

DOÑA ANGUSTIAS Te exasperó mi mal genio. Por eso la torturaste. Hasta ese cuadro torcido te reproché.

ELISA (Justificándola.) Todos tenemos nuestros defectos. Y muchas veces los pagan quienes carecen de culpa.

VISITACIÓN (Abstraída. Como un eco.) ¿Nuestros defectos los pagan quienes no tienen por qué...?

CARMEN Desde luego. Yo vine a acusar a Mario para vengarme de ella.

VISITACIÓN No es por ahí. Me desvías. Déjame pensar a solas. (Una pausa. A **DOÑA ANGUSTIAS**.) Usted castigó al pequeño...

DOÑA ANGUSTIAS Fue necesario.

VISITACIÓN Tiene razón.

DOÑA ANGUSTIAS Y el castigo ha sido débil.

VISITACIÓN Claro que sí. Me confundo.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Te ha parecido excesivo?

VISITACIÓN No me haga caso. Es mejor.

DOÑA ANGUSTIAS Ni tan siquiera merece el nombre de castigo.

VISITACIÓN (Ensimismada. Como un eco.) Ni siquiera...

DOÑA ANGUSTIAS (Con alegría.) En compensación, cuando acabe su trabajo, voy a darle una gran sorpresa a Mario.

PALOMA ¡Más juguetes y más caprichos, para que tenga más juguetes y más caprichos que todos los niños juntos! ¿Qué habrás pensado comprarle?

DOÑA ANGUSTIAS Nada. Si el domingo hace buen tiempo, me lo llevo de excursión.

ELISA Bien que le gusta. Los pinos lo vuelven loco.

DOÑA ANGUSTIAS (Decepcionada.) ¿Los pinos? Pensé llevarlo a la playa.

ELISA Da lo mismo. Con tal de que se divierta.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Y si prefiere ir al circo, o a ver el salto de agua, o al tirovivo de la feria...?

PALOMA ¡No empecemos!

DOÑA ANGUSTIAS Porque deseo que se le vaya el disgusto, soy angustiosa, ¿verdad?

PALOMA No lo sé.

DOÑA ANGUSTIAS ¡Y pensar que estará escribiendo el castigo con su letrita menuda!

PALOMA Tú le has obligado.

DOÑA ANGUSTIAS Había de obedecer.

PALOMA ¡Ya obedece! (Un silencio.)

DOÑA ANGUSTIAS El pobrecillo es capaz de haber terminado ya... (Una pausa.) Como es tan apocado quizá no se atreva a venir.

PALOMA Si quieres insinuarme que vaya por él...

DOÑA ANGUSTIAS ¡No he dicho nada!

PALOMA Voy, aunque no me lo digas. (Sale.)

DOÑA ANGUSTIAS ¿Hago mal en procurar que cumpla con su deber?

ELISA No, Angustias. No te preocupes. (Larga pausa.)

DOÑA ANGUSTIAS Cuando sea un grandullón, me agradecerá estos pasos.

ELISA Con seguridad que sí. (Otra pausa.)

DOÑA ANGUSTIAS ¿Cómo va a ser un hombre de provecho si no me ocupo de él? (VISITACIÓN cruza rápidamente la sala. Se dirige a la salida por donde se fue PALOMA.) ¿Adónde vas?

VISITACIÓN Allí.

DOÑA ANGUSTIAS ¿Dónde?

VISITACIÓN Yo diría...

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué quieres decir?

VISITACIÓN No sé... (Mira a todas partes, muy turbada.)

PALOMA (Que regresa.) Obedeció. Cinco veces «No me asomaré al balcón». Mira. (Enseña una hoja escrita a DOÑA ANGUSTIAS.)

DOÑA ANGUSTIAS (Apremiante.) ¿Y Mario? ¿Dónde está Mario?

PALOMA Me pidió que fueras tú. (Deteniendo el movimiento de ANGUSTIAS.) Le sonsaqué sus deseos y dijo que, sobre todo, desearía ir a la playa.

DOÑA ANGUSTIAS (Muy contenta.) ¿Veis como acerté su gusto? Si conoceré yo a Mario...

Llaman a la puerta.

PALOMA (A CARMEN, que se dispone a salir.) ¡Espera!

CARMEN Han llamado...

PALOMA ¡No te muevas! (Muy rápida.) Angustias: ni tú, ni yo, ni ninguna hemos hecho nada, ¿entiendes?

DOÑA ANGUSTIAS ¿Qué es eso?

PALOMA Las cosas mías.

DOÑA ANGUSTIAS Claro que no hicimos nada... ¿Por qué me has hablado así?

PALOMA Las rarezas de Paloma. ¿Olvidaste mi lenguaje? Ahora te corresponde ir a darle la sorpresa.

DOÑA ANGUSTIAS Pero han llamado a la puerta...

PALOMA ¿Y qué importa? Mario te estará esperando. ¿Será primero quien llame que tu hijo?

DOÑA ANGUSTIAS Es verdad. La sorpresa antes que nada. Mario se merece una gran alegría. (Sale.)

Llaman con insistencia.

VISITACIÓN (Alterada.) ¿Qué nos esconde? ¿Por qué la estuvo engañando?

PALOMA He querido mantenerla en su ilusión. Si vuelve, que no pase hacia la puerta. Distraedla con buenas palabras. Yo abriré. (Inicia la salida.)

VISITACIÓN (Suplicante.) ¿Cuáles fueron mis temores? ¡Dígamelo de una vez!

PALOMA Tú lo sabes. Mario se asomó al balcón.

El timbre suena ininterrumpidamente.

TELÓN

A OJOS CERRADOS

Santiago de Chile
Septiembre y octubre de 1947

La acción tiene lugar en una alcoba, poco antes del amanecer. Por el fondo, a través de un despejado ventanal, llega hasta el cuarto la escasa luz de la calle, única iluminación con que cuenta la escena al iniciarse la obra. En la pared de la derecha, al fondo, una puerta; otra sobre el muro de la izquierda, y ambas de par en par.

Lecho, ropero, tocador, mesita de noche y sillas componen el mobiliario. Silencio y penumbra, incertidumbre de pieza desierta o habitada al levantarse el telón. Tan sólo un soplo de aire, procedente de la ventana entreabierta, concede algún movimiento a las cortinas de gasa, convertidas por la brisa en lentas formas de ensueño, mansas y solemnes, despaciosamente agitadas. Pero la vida surge de súbito en toda su bruta evidencia: alguien rebulle en el lecho, se incorpora con animal torpeza y acaba por sentarse. Su silueta se fija contra la ventana: es la mujer. Espera en mantenida actitud; acecha o piensa. Deja correr el tiempo. Al fin, habla.

(A media voz. Hacia la puerta de la izquierda.) Juan. (Tras una pausa, con mayor intensidad.) ¡Juan! (Largo silencio.) Bien sabes que de esta vez no paso. Ya te lo dije hace horas, antes de que te refugiaras en tu alcoba: si no me das una excusa, una explicación cualquiera que me aclare tu conducta, te dejaré para siempre. Óyelo bien: *(recalcando mucho las palabras)* pa-ra siem-pre. Y no me vengas después con que no estabas advertido, o con que creíste que era una simple amenaza, una amenaza «de las mías», como tú dices con sorna. Puedes tener por seguro que ahora voy a cumplirla.

¿Por qué no respondes, Juan? ¿Esperas que una vencida, como te parezco yo, no vaya más allá de las bravatas? ¿Crees que todo va a quedar en simple palabrería? ¿Por eso callas y callas? *(Pausa breve.)* Ayer, cuando guardaste silencio, desconcertado por mis acusaciones, pensé que te querías tomar un respiro, el necesario para buscar la salida del embrollo en que te puse. ¡Si seré ingenua! Creí que te habías callado para inventar cualquier pretexto; una mentira piadosa o algo así. Podías haberme dicho, por ejemplo... *(Se interrumpe. Burlándose de sus palabras.)* Sí. Sí.

«Por ejemplo». ¡Las hay necias! Iba a confesar aquello que me hubiera gustado oírte. Sólo faltaba que te indicara el camino para llegar a mí. ¡Adivínalo tú! ¡Gáname, si quieres, por tu propio esfuerzo! ¡Encima que tuviste la desfachatez de callarte como un muerto y la tranquilidad mayor de ir a tu dormitorio y acostarte igual que todos los días, te iba a dar la solución del enredo en que te encuentras!

Y no es lo malo que te acostaras con tu calma habitual, ni que apagaras la luz de tu alcoba como si nada ocurriera, es que me has tenido en vela toda la noche, vestida, sobre mi cama, esperando tu respuesta. Y nada. Ni una palabra. Te tumbastes y al poco rato dormías o simulabas dormir. ¿Hay malicia comparable? Esperé a que sonaran las doce; «Juan», dije entonces, ¿recuerdas? Y mientras tanto pensaba: «Es hermoso que al nombrarle haya encontrado mi voz». Aún había en mí lugar para la ternura. Si me hubieras contestado te habría dicho: «No te llamo para nada; es por el gusto de pronunciar tu nombre». Y todo estaría resuelto. Con una palabra tuya, el asunto concluido. Pero ahora veo muy claro. Ahora sé que ese silencio es debido a tu soberbia. Corresponde, como siempre, a la absurda confianza que tienes en tus determinaciones. Puedes callarte, si gustas. Tú sabrás qué te conviene. No esperes más que mi voz te busque por las tinieblas como una mano indecisa. Me tienes dispuesta a todo. Voy a encender la lamparilla. Si antes no me respondes, ya sabes mi decisión: tomo la puerta y me voy. (Largo silencio.) ¿Me crees incapaz de hacerlo? Está bien. Tú lo has querido.

Enciende la luz. Derrama la vista por toda la pieza, como si tratara de reconocer un mundo que le hubiera pertenecido. Habla, evocándolo, la voz velada, remota.

Esta luz... La luz de siempre... Los muebles, los muebles de siempre... Tú, como siempre, seguro de que todo va a ocurrir conforme con tus deseos. El armario... El tocador... El dormitorio vecino... El hombre tendido sobre su lecho... Nada parece cambiado...

El armario que detestas, ese ropero motivo de tantos pleitos, ese sigue siendo el mismo. El triste lecho en que yaces, no sabe que soy distinta después de mi decisión. Y tú, el creído, el convencido de tu poder sobre mí, como no puedes

sentirme distinta de la que fui, me pareces uno más de tantos muebles, un pobre objeto sin vida, invariable, destinado a no saber qué pasa a su alrededor.

Soy otra, entérate bien. Ya se acabaron mis vacilaciones. Dispongo de mi persona, tengo voluntad y decido. Convéncete, si es que dudas. Mira, Juan. Tan fácil como encender la luz es levantarse de aquí. (Se pone en pie.) Y más sencillo es cruzar la estrecha jaula en donde estuve encerrada por años de matrimonio. (Se dirige hacia el conmutador de la luz, situado junto a la puerta de la derecha.) Borrar las últimas sombras tampoco tiene dificultades. (Enciende la luz general de la alcoba.) Todo lo que sigue luego, hasta irme de tu lado, es igualmente común. Nunca pude suponer que resultara tan llano. ¿Decidirse es sólo esto: pensar encender la luz; hacer que el brazo obedezca; mover el interruptor? Si es tan simple, ¿por qué elogian tu carácter decidido? ¿Qué mérito puede haber en ello?

Ahora me explico tus éxitos. Con razón sostienes siempre: «Las cosas deben hacerse a ojos cerrados», y todo te sale bien. Ni un negocio se te malogra. «A ojos cerrados», dices, y el asunto va adelante. Ganas el dinero a espuestas; el mundo entero te envidia. Tú, sin tregua, hacia arriba, siempre arriba, desde la misma pobreza hasta la mayor holgura.

Así estás de presumido. El cualquiera, el antiguo pelagatos, va camino de ser alguien con una sencilla fórmula: «Hago las cosas a ojos cerrados». ¡Valiente perogrullada! Si fracasaras, veríamos de cuánto te iba a servir la dichosa concepción.

Y no vayas a decir que ahora no la aplicaste. Demasiado te conozco. Nadie como tú es capaz de mantener hasta el fin sus propias afirmaciones. Envanecidos he visto, pero ninguno, por nada, admite comparación con tu fatua suficiencia. Como que, en el fondo, sigues siendo un simple hortera; un inútil, afanoso de gozar lo que los demás inventan. El último modelo de coche, la última palabra en radio, la última moda; si no, no vives contento. Un advenedizo eres, el tipo clásico de nuevo rico, orgulloso de las cosas que ha conquistado sin merecerlas, por suerte... o por sucias martingalas. Basta con que alguien se vea necesitado de ayuda para que

te hagas presente, le auxilies, muy bondadoso... y lo dejes en la calle. Sin vacilar —como tú dices, «A ojos cerrados»—, eres capaz de quitarle hasta el aliento.

Seguro que ahora empleaste la consabida receta. «Me meto en cama, permanezco a ojos cerrados, no respondo a las monsergas de mi mujer, y terminará cansándose y callando, como siempre le sucede». Pues bien, te salió al revés: tu silencio no ha hecho más que confirmar mi decisión. Ya no puedes convencerme. Si algo he aprendido de ti es a tener voluntad, aun cuando deba usarla por primera vez ahora, para dejarte...

No hables, Juan. No trates de disuadirme. ¿Cómo voy a contestarte? Si ya me fui... Si estoy lejos... Mi decisión nos distancia. Tan apartada me encuentro, que veo la habitación como si la recordara inciertamente, pasado ya mucho tiempo. Y es extraño que aún me queden actos por cumplir aquí, a tu lado, sintiéndome tan lejana...

Vestirme... Peinarme... Recoger mi monedero... ¿Qué importan esas minucias? ¿No puedo darlas por hechas? Entre estas cuatro paredes sólo me quedan recuerdos de una vida concluida: de mi vida conyugal. Todo lo que debo hacer en este cuarto, pertenece a mi pasado. No me importa en absoluto. Juan, te lo puedo contar como si hubiera ocurrido, acudiendo a mi memoria. Esto recuerdo de mi despedida. (Habla con voz muy lenta y misteriosa.)

Tuve por fin que separarme de él. Mi determinación estaba hecha desde la tarde anterior. Sin embargo, hasta el final de la noche no di los últimos pasos. Después de haber esperado vanamente una respuesta de Juan, agotada mi paciencia, me dispuse a abandonarlo. Todo lo que me quedaba por hacer, lo daba por concluido mucho antes. Quise contárselo a Juan como si hubiera pasado.

Antes de poder salir, tuve que vencer aún algunas dificultades. El último botón de la blusa se opuso a que lo abrochara. Otras veces, sin pensarlo, me había cerrado el cuello con un gesto maquinal. Puse atención. Insistí. El botón se me escapaba de los dedos. No era por nerviosismo, pues decidida a marcharme, había recu-

perado mi tranquila confianza. Pocas vetes me he sentido más serena. Puse de nuevo atención. Junté mis manos; estaban frías. «Las tengo heladas, me dije. No puedo moverlas». Pero ellas, sin fijarme, cumplieron su cometido: el cuello estaba abrochado. Mientras tanto un estribillo dominó mis pensamientos. «Esto se llama ruptura. Esto se llama ruptura», me dije con insistencia. Y cuando fui a preguntarme de dónde vino esa idea, un carretón, a lo lejos, la repetía con su traqueteo: «Esto se llama ruptura. Esto se llama ruptura...» Al fin pude hacerme el lazo de la blusa. Mis manos habían salido airoosas. La ruptura era distinta de lo que había supuesto. Porque para separarme de él tenía que abrocharme un botón, y atar un lazo, y hasta buscar la chaqueta que dejé sobre una silla. Muy raro me pareció detenerme en pequeñeces, cuando se estaba decidiendo mi vida. No entendí por qué debía despedirme en traje sastre. (Hasta que se indique otra cosa, cepilla la chaqueta a intervalos, yendo y viniendo de sus pensamientos a su quehacer.)

Juan tampoco suponía que fuera a ocurrir así. Ni así ni de ningún modo. ¿Cómo iba a pensar él, tan confiado en sí mismo, que yo pudiera encontrar el coraje necesario para irme? ¿Yo, la indecisa, la abúllica, iba a tener el valor de separarme de él? (Acer-cándose a la puerta de la izquierda.) ¿Verdad que no lo esperabas? Deshecha en lágrimas, arrepentida de haberte pedido cuentas, derribándome a tus pies como un perro, así creías verme llegar. Porque las mujeres somos... ¿cómo dices?... como la piel de las cebras, con zonas de oscuridad y restos de lucidez. A veces despiertas y casi siempre ciegas. Y ninguna más dudosa que yo misma. ¿Acaso no viví siempre movida por el azar? En las mañanas, al levantarme, pienso que el día me será favorable o contrario si la primera cara que encuentro me parece buena o mala... (Asustadísima, replicando a una voz que no se oye.) ¡Sí, ya sé que no debo ser así! (Se recupera.) ¡Qué estúpida! Me asusté. Esperaba tu violento vozarrón, indignado porque dije conducirme sin propósitos. (Se ríe.) Precisamente ahora que decido yo... Ahora que pongo en juego mi voluntad y no actúo sin motivo...

Y no me importan tus gritos. Me asusté por la costumbre. Ya no me intimidas, Juan. Pasaron aquellos tiempos en que me sentía incapaz de opinar en tu presencia. ¿Recuerdas? Cuando tú me preguntabas: ¿»Qué te parece tal cosa?», y yo,

teniendo cien respuestas en los labios, mejores aún que las tuyas, te contestaba «No sé...», pareciéndote una mema. ¡Con cuánto gozo lo proclamabas!

Puesta en ridículo por mi cortedad, por mis torpezas, por mis ineptias, así he vivido a tu lado. Los accidentes que ante nadie me ocurrían, vinieron a sucederme siempre delante de ti, porque a tus ojos quería parecer la más perfecta. Me enganchaba la ropa, rompía las medias; al coser, me pinchaba los dedos, y, para colmo de males, me descuidaba de aquello en que tenía puesta la atención... ¡No puedes quejarte, Juan! ¡Qué descansado vas a quedar sin mi carga! Si hasta ahora tuviste éxitos, ¡cuántos más te llegarán en adelante! El mundo va a parecer-te pequeño. (Se pone la chaqueta. A partir de este momento, irá ocupándose de guardar en la cartera las cosas que va a llevarse, hasta que sus palabras señalen nuevamente la acción.)

Lo que todavía no entiendo es cómo te las arreglas para despertar la admiración de las gentes. Si tus palabras se oyeran en boca de cualquier otro, parecían estupideces irremediables. Pero tú las pronuncias con voz engolada, las subes o bajas de intensidad, según convenga, las destacas con un movimiento de manos y dejas pasmados a quienes te escuchan: «¡Qué profundidad la suya!», exclaman muy asombrados. Y son sólo vaciedades dichas a la perfección.

Eso sí, tengo que reconocer tus grandes dotes de observador. Ante el mar nunca dejas de indicarme que está azul, o que las velas y las espumas son blancas, de un blanco muy parecido al de las nubes... Es admirable tu sentido exasperado de la evidencia. Cuando pasa un gato, dices: «Mira, un gato». Y si saludas a alguien, aclaras luego: «Un amigo», por si no nos habíamos enterado...

Es natural que al gozar de tan altas cualidades todo te parezca malo. ¡Qué facilidad la tuya para encontrar los defectos! Tienes razón cuando dices que los pintores de hoy son sólo de brocha gorda. Por cierto que los poetas tampoco les van en zaga... Y no es que los menosprecies. Al contrario: tú, en el fondo, estás dispuesto a ayudarles... La culpa es de ellos, que no recurren a ti...

Muchas veces me pregunto por qué habrá bajado al mundo un ser tan extraordinario. Has de aburrirte, a la fuerza, entre los pobres mortales. ¡Cuántas cosas he tenido que inventar para llenarte las horas! Inútilmente; lo reconozco, porque tu aburrimiento es inexorable. Nada ni nadie pueden llegar a rendirlo. Para un dios no hay distracciones en la tierra; solamente la nostalgia de una vida superior. Aunque, después de que me vaya, veremos cómo dominas el hastío. Si estás solo, debes tomar precauciones: pudieras morir de tedio al enfrentarte contigo. Y si no, para evitarlo, búscate por ahí alguna. A ver si aguanta siquiera cinco minutos a un ser tan excepcional. Quizá le toque a la pobre someterse a tus caprichos, pasará las de Caín, pero esas dificultades, ¿qué son sino pura dicha? ¿No traen la felicidad cuando vienen de un prodigio semejante?

Juan, no te quejarás de mí. Tienes que estar contentísimo. Ya te he dado motivos de alegría. Arrebujado en las sábanas, seguro que vas pensando: «La ilusa de mi mujer afirmó que estaba viendo esta escena desde lejos, como si hubiese ocurrido hace muchísimo tiempo; se hizo el propósito de narrármela en pasado y no supo mantenerlo. Es la misma... la incapaz de sostener una determinación hasta el final». ¡Qué complacido has de hallarte! ¡Cómo te alegra que confirmen tus ideas! Pero, si soy la que fui, ¿hubiera podido echarte mis verdades a la cara? ¿Soy aquella que carecía de parecer, la pobre mosquita muerta? Porque ahora puedo decirte que no sufro la manera que tienes de estirarte las mangas, como mi viejo profesor de latín. ¿Te gusta? ¿Es una opinión? Puedo decir que odio en ti aquello que más me atrajo: tus rotundas convicciones, tu ciega seguridad. Puedo decirte, además, que me río de tu fuerza, porque ahora dispongo yo, y que más mérito tiene decidirse, siendo muy poco resuelta, que mantenerse inflexible como tú, porque no se puede ser de otro modo. ¿Te parecen suficientes opiniones? (Cam-bia bruscamente. Vuelve a hablar con misterio y lentitud.)

Llegué a decirle esas cosas movida por el encono. Aún cabía reprocharle muchas más, pero preferí callarlas. Mi demasiada insistencia hubiera parecido ensañamiento.

Dueña de mi voluntad, seguí hablándole en pasado. Era tiempo de marcharme; sin embargo, por convencerle de mi poder, dilataba la partida. Tenía la sensación de actuar con gran firmeza, «a ojos cerrados», como habría dicho Juan, igual que si fuera en sueños, moviéndome sin premura en un extraño lugar, propio y ajeno a la vez.

La habitación, mientras tanto, se pobló con mis recuerdos. Cada objeto me evocaba fragmentos de nuestra historia. Palabras tiernas, gestos de violencia, momentos de alegría o pesadumbre llegaban a mi memoria en un penoso cortejo de cenicientas figuras. «La muerte ha de ser igual, me dije: un interminable instante que ya dimos por pasado; una forzosa ruptura en la que todo se hace presente». Y para confirmar mis pensamientos, allí estaba aquel cuerpo lamentable, derribado sobre el lecho, consumido por la podredumbre de sus miserias, de sus mezquindades.

Al sentarme ante el espejo, reconocí la impresión que había sentido cuando iluminé la pieza. Tuve prisa de hacer algo que no pude precisar. Viendo mi cara en el vidrio, supe cuál era mi apremio. Tuve prisa por saber si la determinación que cambiaba mi existencia me modificó el aspecto. Pero mi rostro era el mismo, y con él iba a iniciar una vida diferente.

Ha empezado a arreglarse. Puesta su atención sobre los actos que realiza, parece descuidar sus palabras. Pierde y recobra la fluencia verbal y la continuidad lógica, interrumpiéndose constantemente.

Mi cara se veía en el espejo.

Cuidaba mi cara en el espejo.

¿Para quién?

Para nadie.

Era difícil cuidar mi cara en el espejo, porque no la cuidaba para nadie.

Antes inventaba mis tocados para Juan.
Cambiar todos los días para Juan.
Un peinado que le atraiga, aunque no le importe mucho.
Un vestido que le guste, aunque no se fije en él.
Si hubiera sido posible, un adorno diferente cada día.

Así me peinaba el pelo.
(El peinado que más le gustaba a Juan.)
Así me lo recogía.
Con entereza. Como si nada hubiera ocurrido.
Así le daba su forma.
Mi valor consistía en arreglarme para nadie.
Y en confesar que me arreglaba para nadie.
Mi persona para mí sola.
Que era como decir para nadie.

Así volaban mis pensamientos.
Así me pinté los labios.
Así empolvé mis mejillas.
«La salud no cuesta cara. Buen color a poco precio», como Juan solía decir.
Así me acordaba de él, como se piensa en un muerto.

Se le cae un frasco de perfume. Queda detenida, expresando, inmóvil, el temor que le produce el suceso. Habla penosamente.

El esenciero se me escapó de las manos y cayó al suelo, quebrándose.
Hubiera querido ir corriendo ante Juan, a demostrarle que mi pulso estaba firme.
Quise decirle de nuevo que, a pesar de mis torpezas, ya no era la de antes.
Traté de justificarme, pero de nada servía.
El accidente ocurrido era demasiado elocuente.

Tuve que esforzarme mucho para continuar hablando.
No olvidaba que debía hacerlo en pretérito.
El perfume derramado extendió su agudísima fragancia.

«Ese aroma quedará después de irme, persistente, aún más intenso que el mío.
Quiera o no, Juan tendrá que recordarme». Por una vez mi torpeza me servía de consuelo.

¿Qué se oyó muy a lo lejos?
¿Sonaba un motor, distante?
(Consigo.) Me engañaba.
Y el dibujo de la colcha, ¿qué tenía? ¿No pareció variar?
«Siempre ha sido así, me dije. El dibujo de la colcha es cambiante, como el agua
con petróleo de los puertos».
¿Y las paredes? ¿No oscilaban las paredes?
Era una simple ilusión.
Pero, ¿por qué me faltaba el suelo bajo los pies?
¿Era engaño?
¿Por qué se vio en todas partes el dibujo de la colcha?

No había engaño: me zumbaban los oídos; la vista me daba vueltas.
Aquel olor de la esencia se me hizo intolerable.
Hubiera querido huir.

No sé cómo me contuve.
Aturdida, quise sacar el abrigo. (Abre el armario.)
Los trajes aparecieron como una fila de ahorcados.
Mi viejo vestido blanco me repetía, insistente: «Cuando todo se haya dicho entre nosotros, todo estará por decir».
Detestaba aquella fila de mortajas.
«Cuando todo se haya dicho entre nosotros...»
Cerré el armario con prisa.

Ya con el abrigo puesto me serené. (Mira hacia la puerta izquierda.)
Juan era un monte de ropa echado sobre su cama.
Mi fuerza había consistido en poderle confesar todas mis debilidades.
Juan era un fuelle que respiraba sin vida.
Di una última mirada por toda la habitación.
Sin mi cartera no hubiera podido irme.
No me olvidaba de nada.
Apagué la luz de arriba.
Era el fin.

Sale por la puerta de la derecha. Transcurre un gran espacio de tiempo. Reaparece la mujer; lleva un papel en la mano. Enciende la luz de la alcoba. Lee el papel.

Vuelve a leerlo. Queda quieta. Conjetura, Luego registra con prisa debajo de la almohada. Halla un objeto pequeño y lo retiene. Se dirige a la salida de la derecha. ¿Va a marcharse? Expresa vacilación. Por fin, vencida la duda, cambiando de parecer, va hacia la puerta izquierda.

¡Juan! (Subiendo la voz.) ¡Juan! Ven a gozar tu triunfo. Leí la nota que me dejaste en la puerta: «Cuando quieras irte, busca tu llave bajo la almohada». Tengo la llave en la mano, pero no puedo emplearla. ¿Qué puerta abriré con ella, si tú sigues dominándome? ¿Acaso no pasó todo como lo tenías previsto?

Te admiro, Juan; eres único. ¡Tú sí que viste la escena como si hubiera ocurrido! Escribiste ayer la nota y me ocultaste la llave porque sabías, anticipándote, que esta vez iba a marcharme. ¡Dabas por cierta mi decisión antes de que yo creyera en ella! ¿Cómo no he de estar contigo, si me conoces mejor que yo? Te pertenezco. Soy tuya. Aquí me tienes sumisa como un humilde animal. (Mira hacia la alcoba de su marido. Sobrecojiéndose.)

¡No, Juan! (Retrocede. Con miedo, muy rápida.) ¡Olvida mis reproches, perdona mis palabras rencorosas! (Breve silencio.) ¿Por qué me exiges que entre? (Otro silencio.) ¿Tengo que ir en tu busca? (Resistiéndose.) Si es más difícil cruzar ese umbral que el de la calle... ¿Aunque así sea? ¿He de obedecerte, Juan? ¿Aunque me falte el valor? ¿Aunque llegue preguntándome a dónde voy por esa puerta abierta?

Y sale muy lentamente, vacilándole los pasos, la incertidumbre en el rostro.

TELÓN



unas palabras sobre

Vivir como extranjero:
a propósito de José Ricardo Morales Malva

BONIFACIO VALDIVIA MILLA
MANUELGALEOTE LÓPEZ

Hay muchas formas de vivir como extranjero, pero todas ofrecen la constante del extrañamiento. Desde la de aquel que recorre el mundo con una curiosidad infinita pero sin sentirse aludido por lo que contempla u observa, hasta la más radical del desarraigo absoluto, del que nunca es reconocido ni se reconoce en ninguna parte. Entre el siempre demasiado y poco conocido grupo de los españoles republicanos exiliados tras la Guerra Civil podemos encontrar todas las muestras de esa extranjería personal y pública, a la postre íntima y siempre dolorosa, que poco tiene que ver con pasaportes y nacionalidades. Esos hombres y mujeres dejaron de ser de aquí simplemente porque no estuvieron. Nunca lograron completamente ser de allá porque allí sólo y solos llegaron.

Sin embargo, el caso de José Ricardo Morales Malva, uno de aquellos españoles del exilio,

es paradójico. Como autor, el extrañamiento del destierro —él se considera un desterrado, no un exiliado— no sólo es la causa de la falta de un amplio conocimiento de su obra sino probablemente de su merecido reconocimiento. Aún así es un hecho inexcusable para entender toda su obra dramática e intelectual. Por el contrario, en lo personal, José Ricardo Morales es un ejemplo vivo de la constante que encontramos en tantos de aquellos que aportaron lo mejor de sus capacidades y todo su afán a la realidad social de los países que los acogieron. «Yo no traté de hacer las Américas, sino de contribuir a que América se hiciera [...] Tenía mucha vida por delante y no me dolía nada: no sentía el «dolor machadiano». Cuando llegué a Chile pensé en que tenía veinticuatro años, era muy joven y me quedaba mucho por trabajar. [...] La mayor empresa voluntaria de los desterrados en Chile fue la profundización de nuestra cultura. *Pero para profundizar hay que fundar^a*». José Ricardo Morales casi no existe para España por el triste y sangrante hecho de que no ha estado aquí, pero es de Chile, y habiéndose hecho chileno por el tesón de su esfuerzo y la aportación de su trabajo y de su obra, es uno de esos mejores españoles para el mundo.

NOTAS BIOGRÁFICAS DE UN DESTERRADO

José Ricardo Morales Malva nace en Málaga el 3 de noviembre de 1915, pero su familia es valenciana y a Valencia vuelve cuando Ricardo tiene sólo un año. «En Málaga aprendí a andar y en Valencia a hablar», dice en su *Autobiograma^b*. Su



^a Véase Entrevista a José Ricardo Morales de José Vicente Peiró, en *Debats*, n° 83, invierno 2003-2004. El subrayado es nuestro.

^b Véase «Autobiograma y Cronología de José Ricardo Morales», en *Anthopos*, n° 133, junio 1992, pp. 21-27 y 27-31. De ambos textos extraemos principalmente los datos biográficos incluidos en esta reseña.



Tres momentos de la representación de *Orfeo y el desodorante o el último viaje a los infiernos*, Chile, 1975 (Página anterior y arriba)

adscripción andaluza es pues una anécdota biográfica sin repercusión personal alguna, pero sí con la coincidencia casi premonitrice de que vino al mundo en la calle Pacífico y frente al océano Pacífico vive en Isla Negra (Chile).

El abuelo materno médico, el padre químico y farmacéutico, investigador en el terreno de la bacteriofagia, y el resto de sus tíos dedicados a profesiones relacionadas con la ciencia sitúan a la familia de José Ricardo Morales entre la pequeña

burguesía ciudadana ilustrada y liberal, que tantas esperanzas depositó en el desarrollo de la cultura y de la educación como herramientas imprescindibles para trabajar por el mejor futuro del país. Quizás por eso, tras los estudios de Bachillerato en el Instituto Luis Vives de Valencia, Morales cursa simultáneamente estudios universitarios de Magisterio y de Filosofía y Letras, aunque hubo de finalizar estos últimos ya en Chile.

Esa época de estudiante resulta fundamental en la conformación intelectual y personal de nuestro autor. Participa en la FUE (Federación Universitaria Escolar) desde su fundación en Valencia, cuyo Departamento de Cultura dirige en 1936, y en la fundación de la revista *Frente Universitario*. Ese Departamento cuenta con dos centros de actividad principales: el grupo teatral El Búho (primero dirigido por Luis Llana, después por Max Aub y, tras él y hasta octubre de 1936 por José Ricardo Morales) y la Universidad Popular. De toda esa época y de tal actividad incorpora en primer lugar el conocimiento y la amistad de un buen número de jóvenes escritores y artistas del momento: Juan Gil Albert, Ricardo Muñoz Suay, Max Aub, Vicente Gaos o los hermanos Renau entre otros muchos. Pero en segundo lugar, y lo que especialmente nos interesa, comienza su andadura teatral, con un inicio que aunaba la inquietud intelectual y el aprendizaje, la formación actoral y la escritura teatral: «No dirigí la compañía, pero me crié como hombre del teatro en ella, tanto en la faceta autorial como actoral. Y fuimos más allá que La Barraca y las Misiones Pedagógicas de Casona, porque cuando nosotros nos



El escritor Max Aub (1903-1972)

adentramos en la vanguardia ellos ya estaban en decadencia. Lorca desapareció precisamente cuando Max llevó a El Búho sus propuestas más vanguardistas»^c.

Nunca se afilió a ningún partido político, pero defendió a la República durante la Guerra en las Milicias Antifascistas, como comisario de Brigada en el 183 batallón de la 46 Brigada Mixta de Valencia, la Columna Uribarri que dirigía el pintor mejicano Siqueiros. Acabó siendo destinado en el Ejército del Este hasta que en el mes de febrero de 1939, como tantos otros, pasó a Francia y fue internado en el campo de concentración de Saint-Cyprien. Tras su salida del campo y el reencuentro con sus padres y uno de sus hermanos en Marsella, logran embarcar en el Winnipeg, aquel barco fletado por el gobierno chileno a instancias de Pablo Neruda. El 3 de septiembre de 1939 llegan a ese país, en concreto a la ciudad de Valparaíso. Y en el alargado país frente al Pacífico inicia esa labor decidida y constante de *fundar* tanto su propia vida como para los demás.

Finaliza sus estudios de Filosofía y Letras en 1942, se titula en Historia con una tesis sobre estudios paleográficos y en 1946 obtiene las cátedras de Historia del Arte en las Facultades de Filosofía y en la de Arquitectura de la Universidad de Chile. A partir de ese momento su trabajo como profesor e investigador en el campo de la Arquitectura no ha hecho más que ampliarse. Buena muestra de ese quehacer intelectual es su obra *Arquitectónica*.

^c Véase Entrevista a José Ricardo Morales de José Vicente Peiró, en *Debats*, n° 83, invierno 2003-2004.

Por lo que se refiere a su dedicación literaria, los afanes de José Ricardo Morales no han sido menos productivos. En España había escrito dos obras teatrales para El Búho: *Burlilla de don Berrendo, doña Caracolines y su amante* y *No hay que perder la cabeza* (esta última perdida). No era por tanto un autor con una obra hecha. Todo estaba por hacer y a ello se aplica con denuedo, en dos líneas distintas y paralelas. Por un lado, participa en la Editorial *Cruz del Sur*, fundada por Arturo Soria. En ella publica la antología *Poetas en el destierro* y dirige dos colecciones «La fuente escondida» y «Divinas palabras», dedicadas a rescatar un buen número de poetas del Siglo de Oro español. Por otro lado, el teatro: funda el Teatro Experimental de la Universidad de Chile en 1941, que después se convertiría en el Teatro Nacional de Chile y continúa con su escritura teatral ya iniciada, que ha producido cerca de cuarenta títulos hasta la actualidad y de la que nos ocuparemos más adelante.

En 1944, y a instancias de Arturo Soria, lee a Margarita Xirgu, también exiliada en esos momentos en Chile, su obra *El embustero en su enredo*, quien la estrena en Santiago ese mismo año y en Buenos Aires al año siguiente, a continuación de *La casa de Bernarda Alba* de Lorca. El proyecto de la misma Margarita de llevar a las tablas bonaerenses su trilogía *La vida imposible* se vio frustrado. Más tarde, en 1949 y a petición de esa gran actriz, realizó la adaptación teatral del texto de *La Celestina*, que ella representó, y aún *Don Gil de las Calzas Verdes*, el último montaje que Margarita dirigió en Uruguay.



La actriz Margarita Xirgú

En 1953 ciertas desavenencias con el Teatro Experimental lo llevaron a tomar la decisión de abandonar la escritura teatral, decisión que mantuvo durante un intervalo de diez años, a lo largo de los cuales se dedica fundamentalmente a pintar, mostrando su obra en distintas exposiciones, y a visitar por diversos motivos los principales países de Europa. En 1959 se casa con la también pintora y grabadora Simone Chambelland, hasta que por fin en 1963 vuelve a la escritura dramática con *La grieta* y *Prohibida la reproducción*. Desde entonces hasta ahora su producción teatral, sus actividades académicas (fue nombrado académico de número de la Academia Chilena de la Lengua en 1974), sus ensayos sobre literatura y arquitectura, dan fe de la enorme e incansable actividad de un intelectual verdaderamente prolijo, que sólo en 1967 pudo pisar suelo español por primera vez desde el destierro de la Guerra, país éste en el que, sin embargo, sólo unos pocos lo han podido conocer y sabido reconocer, como pocos han sido también los que han podido asistir a la representación de alguno de sus textos.

UNA OBRA DRAMÁTICA DESTINADA A LA «POSTUMIDAD»

La producción teatral de José Ricardo Morales es casi tan amplia como dilatada su vida. Desde 1938 hasta hoy ha escrito y publicado unas cuarenta piezas teatrales y su versión teatral de *La Celestina* ha superado con creces la decena de edicio-

nes. Sus conferencias, artículos y ensayos dan buena muestra además de su interés por reflexionar sobre el hecho teatral.

No tiene mucho sentido intentar agrupar en distintas etapas más o menos caracterizadas su obra dramática. Sólo nos parece útil señalar algunos momentos cronológicos que nos ayuden a reconocerla pues, salvadas las muy primeras, unas constantes las recorren, se anuncian en las iniciales y se consolidan hasta las últimas. Sobre esas constantes tratamos después. Baste ahora con señalar que sus primeros textos, la *Burlilla de don Berrendo*, *doña Caracolines y su amante*, *El embustero en su enredo* e incluso *Barbara Fidele*, recuerdan su formación en el ambiente teatral durante la República, pero que ya a partir de las tres obras que forman *La vida imposible* (escritas entre 1944 y 1947) se inicia una trayectoria marcada por esas constantes a las que aludimos, a la que se suma *El juego de la verdad* (escrita en 1952). Constituyen esos títulos lo que el autor ha reconocido como su *Teatro inicial*, el de una andadura que reanuda tras el lapso de diez años (1953-1963) de abandono de la escritura que, sin embargo, retoma con más brío y profundidad desde ese último año hasta ahora. El conjunto de esa segunda fase de su teatro recoge una gran variedad de géneros que él denomina con precisión (fantasmagorías, anuncios dramáticos, disparates, misterios, comedias, españoladas, monólogos o simplemente piezas). *La odisea*, *Hay una nube en su futuro*, *Nuestro norte es el Sur*, *El torero por las astas*, son algunos de sus títulos. Entre todas ellas resultan mayoría las obras en un acto.



José Ricardo Morales, Simone Chambelland
y José Ferrater Mora. Nueva York, 1982

En cuanto a las constantes sobre las que se consolida todo su teatro, debemos señalar en primer lugar una perspectiva general, aquella desde la que intenta explicarse a él mismo, a los demás y al mundo que le rodea, una muy particular y clarificadora vivencia y concepción de lo que el destierro significa y puede producir. Su teatro no trata nunca el destierro como tema, jamás aparece en él el menor atisbo nostálgico de la patria perdida, sino que le proporciona una fecunda perspectiva intelectual desde la que construye su obra. En efecto, vivir desterrado es existir en la incertidumbre y en la distancia intelectual del extrañamiento. Cuando uno no tiene las ataduras sentimentales de las raíces, cuando se ha de vivir, escribir y pensar desde el desarraigo, el autor puede alcanzar la lucidez intelectual del que observa desde fuera, desprendido de cualquier rémora emocional. Ser un extraño en el mundo, vivirlo y

sentirlo, puede permitir una labor de desentrañamiento para presentar el mundo a los demás en la desnudez de sus contradicciones, desprendido de cualquier oropel de ocultamiento. Por eso, él afirmará una y otra vez que su teatro no pertenece al mundo de lo absurdo sino al absurdo del mundo. «Dicho en pocas palabras, mi teatro inicial representa la irracionalidad del hombre, según modalidades de inconsecuencia e incertidumbre, propuestas por un desterrado que, como tal, asiste al espectáculo del mundo en obligado extrañamiento»^d.

Pero además José Ricardo Morales acompaña a esta perspectiva con una actitud complementaria, la de estar atento al mundo y su devenir, «aquella que consiste en presagiar a dónde vamos o de dónde vendrá el viento que sople, y con el añadido, nada manso, de haber de convertir ese presagio en obra»^e. Así no solamente nos encontramos con un autor español que en la historia del teatro presagia, es decir, se adelanta a lo que luego se consagrará en Europa con el marbete de *teatro del absurdo*, sino que lúcidamente nos muestra las contradicciones, inseguridades y malestares del hombre del siglo XX ante la realidad poliédrica de su mundo. Los conflictos de sus obras, más que actuales, resultan en no pocas ocasiones premonitorios.

En ese mismo sentido podemos entender como plenamente actual y representativo del teatro más avanzado del siglo XX el principal eje sobre el que se constituye su dramaturgia: una profunda desconfianza en la capacidad del lenguaje verbal, especialmente en sus modos más cotidianos, no sólo para

^d Véase Morales, J.R., «*Autobiograma*», prólogo a *Teatro inicial*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1976, pág. 15.

^e Véase Morales, J.R., Op.cit., 1976, pág. 14.



Representación de la obra de José Ricardo Morales *Prohibida la reproducción*, Valencia, 1992.

Representación de *Edipo Reina o La planificación*, Chile, 2002.

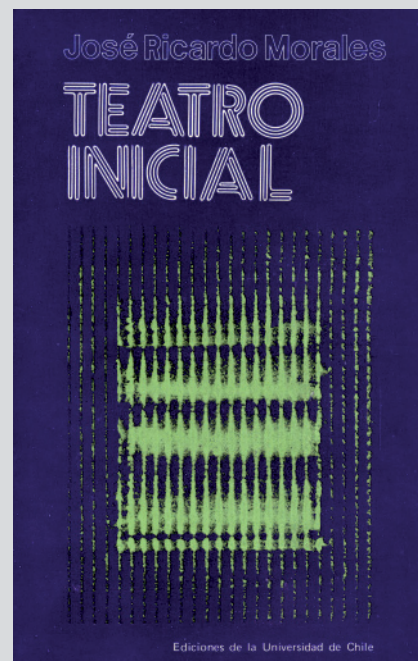


servir de vehículo de comunicación entre los seres humanos, sino mucho menos para entenderse y reconocerse, para ser. Por el contrario, el lenguaje verbal es un cúmulo de incoherencias, de contradicciones y equívocos, que no sólo ocultan, sino que funcionan como una maraña laberíntica en la que el ser humano se pierde. El hombre actual se encuentra aherrojado por el lenguaje. Las posiciones *clásicas* de toda la vanguardia literaria del siglo XX pueden sintetizarse en dos: unos autores han intentado trascender el lenguaje comunicacional, buscar un lenguaje en libertad, puro y primigenio, irracional y desprovisto de cualquier lógica y de toda conciencia, como es el caso del surrealismo; otros han intentado apartarlo, mostrándolo y utilizándolo en su desnudez más mostrenca hasta acabar negándolo completamente en un texto sin palabras, como encontramos en el teatro del absurdo europeo.

Sin embargo, José Ricardo Morales, partiendo de esa misma desconfianza esencial, constata las trampas de la palabra, las muestra, juega con ellas y sus complejidades, ironiza con todo un conjunto de artificios retóricos, de manera que la multiplicidad de sus significados deviene en la constatación de su irremisible sin sentido, de los engaños de su lógica, de la confusión que produce en el ser humano, en la imposibilidad de reconocerse y de ser con los demás a través del lenguaje. Sus puntos de partida y de llegada coinciden no sólo con el teatro del absurdo, sino con toda una línea constante en la literatura del siglo pasado, pero su proceder es distinto y original.

En el teatro de José Ricardo Morales encontramos una presencia enorme de la retórica, que él conoce y domina con tanta agudeza como inteligencia. No niega el lenguaje verbal reduciéndolo a sus expresiones más planas y, por ello, incongruentes. No busca otro lenguaje liberado de sus ataduras en un continente nuevo. Bucea en toda la retórica del español cotidiano y comunicacional para desentrañarla, para mostrar las confusiones que provoca y la repercusión que tiene tanto en las acciones de sus personajes como en la imposibilidad de conocer y entender al mundo y a los demás. La enorme presencia de la palabra y sus juegos de enmascaramiento de lo real en las obras de Morales acaba, podríamos decir que en este caso por sobreabundancia, por desvelar su degradación gracias a la ironía humorística de su tratamiento: «Lo que yo señalo es que las palabras dicen más de sí mismas de lo que decimos con ellas. Creo en el teatro-palabra. El teatro-visión tiene un ingrediente teatral, pero no es lo dramático. Mi consideración de la palabra se debe a que estimo la palabra y veo cómo se degrada y denuncio esa degradación»^f.

Los elementos que acabamos de señalar son contantes en toda su trayectoria dramática y en ellos se incardinan un buen conjunto de recursos escénicos en el desarrollo de conflictos sobre temas perfectamente actuales, en general con una gran sencillez, e incluso desnudez, de arquitectura escenográfica. Ha producido una obra amplia, hasta ahora poco conocida y representada, que no ha contado con el éxito ni le ha procu-



Teatro inicial (Universidad de Chile, 1976), volumen que recoge, entre otras, las tres piezas que componen *La vida imposible*.

Cartel del estreno de la obra de Morales *El embustero en su enredo* (Página siguiente)

^f Véase entrevista a José Ricardo Morales de Juanjo Guerenabarrena en *El Público*, n° 48, Madrid, septiembre de 1987. Reproducida en *Suplementos Anthropos*, n° 35 Barcelona, 1990, pp. 199-202. Cita en pág. 201.

AVENIDA
Av. de MAYO 1222 • Empr. EDUARDO AMOROSO • U.T. (38) 2295



Hoy VIERNES 8 de Junio de 1945

NOCHE a las 22 horas

ESTRENO

El Embustero en su Enredo

FARSA EN 4 ACTOS, DE
JOSE RICARDO MORALES
(Esta obra se representará con un solo intervalo entre los actos 2º y 3º)

REPARTO:

Clara	MARGARITA XIRGU
Teresa	ISABEL PRADAS
Una vecina	CARMEN CABALLERO
Doña Virtudes	SUSANA N. GOMEZ
Doña Prudencia	EMILIA MILAN
Vecina 1ª	TERESA PRADAS
Vecina 2ª	MARIA LOPEZ SILVA
Vecina 3ª	SUSANA CANALES
Vecina 4ª	HERMINIA ORTEGA
Francal	EDMUNDO BARRERO
Aiguacil	FRANCISCO LOPEZ SILVA
Desconocido 1º	JOSE M. NAVARRO
Desconocido 2º	GUSTAVO BERTOT
Julita	MIQUEL ORTIN
Miguel	ALBERTO VILLASANTE

FIGURAS DE LA PANTOMIMA

EL GARAN	EL HERRERO
EL BOBO	EL ALCALDE
EL ZAFATERO	EL CURA

Agustador:
FRANCISCO PALAZON

Transporte:
FRANCISCO VILLALBA

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES (Noche)

	Valor	Impuesto	Total
Paseos Avant-Scène Bajos (con 4 entradas)	\$ 20.95	\$ 1.05	\$ 22.00
» Avant-Scène Bajos (con 4 entradas)	\$ 10.05	\$ 1.00	\$ 11.05
» Bajos (con 4 entradas)	\$ 17.10	\$ 0.90	\$ 18.00
» Bajos (con 4 entradas)	\$ 14.20	\$ 0.80	\$ 15.00
» Altos (con 4 entradas)	\$ 9.20	\$ 0.10	\$ 9.30
» L. A. T. B. A.	\$ 1.80	\$ 0.20	\$ 2.00
» Super Pullman	\$ 3.30	\$ 0.20	\$ 3.50
» Pullman	\$ 1.80	\$ 0.15	\$ 1.95
» Tertulia	\$ 2.33	\$ 0.15	\$ 2.50
» Entrada a Palco	\$ 2.30	\$ 0.20	\$ 2.50
» Orilleras de Paraiso	\$ 1.40	\$ 0.10	\$ 1.50
Entrada general al Paraiso	\$ 1.00	\$ 0.10	\$ 1.10

PLATEA (con impuesto) \$ 4.-

MARANA. — Vermouth a las 18.30 y Noche a las 22 horas:

EL EMBUSTERO EN SU ENREDO

LUNES: DESCANSO DE LA COMPAÑIA

•POR DISPOSICION MUNICIPAL, (Art. 201 - CD 545.24) queda prohibido en las salas de cine y teatro, la permanencia de personas con el sombrero puesto una vez iniciado el espectáculo

rado fama alguna. Algo sobre lo que con toda su inteligencia escéptica él ironiza como *una obra para la postumidad*.

LA VIDA IMPOSIBLE

De entre su amplia galería de títulos ofrecemos al lector interesado las tres piezas que desde el principio José Ricardo Morales agrupó bajo el título de *La vida imposible*, escritas entre 1944 y 1947, así publicadas por primera vez en 1955 y más tarde, en 1976, en el volumen *Teatro Inicial*, junto a *Burilla de don Berrendo*, *El embustero en su enredo* y *El juego de la verdad*. Se trata de tres piezas en un acto que el autor dedicó a su amigo José Ferrater Mora: *De puertas adentro*, *Pequeñas causas* y *A ojos cerrados*.

A favor del interés de esta publicación podemos acumular diversas razones. La primera es la de la dificultad de su difusión. Son obras que no han sido representadas: «*La vida imposible* estuvo programada por Margarita Xirgu para estrenarla en Buenos Aires después de *El malentendido*, de Albert Camus. Pero como a esta obra la tacharon de «inmoral» (!!) en ciertos medios de entonces, a Margarita Xirgu le clausuraron el teatro y mis piezas quedaron ayunas de representación». Posteriormente vieron la luz de la letra impresa por primera vez con toda dificultad y escasísimos ejemplares, hasta que de la edición del volumen *Teatro inicial* de la Universidad de Chile en 1976, de la que tomamos el texto, se imprimieron 1000 ejemplares.

Pero de entre todos los posibles motivos que justifican nuestra elección creemos que el principal es que en ellas se anuncia lo esencial de toda la dramaturgia del autor, esas constantes a las que nos hemos referido anteriormente. *De puertas adentro* es un diálogo imposible, interminable y sin objeto, entre dos personajes, MARIDO Y MUJER, que pugnan por el dominio de uno sobre el otro con toda clase de artificios retóricos para ver quien tiene razón. En realidad es una huida del silencio, insoportable para ellos como la muerte, que los muestra como unos perfectos estúpidos. *Pequeñas causas* muestra otra obsesión, la de una hembra protectora, no por casualidad ANGUSTIAS, que impone su tiranía dominante sobre quienes la rodean hasta precipitar al más débil de ellos, su hijo, al vacío de la muerte. Su lenguaje es su mejor retrato. Y, finalmente, *A ojos cerrados*, un monólogo en boca de una mujer que ha tomado la decisión de liberarse del dominio opresivo de su marido abandonando el hogar, algo a lo que finalmente renuncia cuando es consciente de que exactamente eso era lo que el marido había previsto, de forma que el acto de rebeldía liberadora sólo puede devenir en un último escalón de sumisión.

Con toda razón José Monleón se ha referido a estas piezas con el apelativo de «tiranía psicológica». Es el ser humano el que pierde el sentido de su existencia conducido por la irracionalidad de sus obsesiones, que se desarrollan, alimentan y crecen en el laberinto de la retórica de su lenguaje.

Galería de lecturas pendientes



2010



“ Y no es lo malo que te acostaras con tu calma habitual, ni que apagaras la luz de tu alcoba como si nada ocurriera, es que me has tenido en vela toda la noche, vestida, sobre mi cama, esperando tu respuesta. Y nada. Ni una palabra. Te tumbaste y al poco rato dormías o simulabas dormir. ¿Hay malicia comparable? Esperé a que sonaran las doce; «Juan», dije entonces, ¿recuerdas? Y mientras tanto pensaba: «Es hermoso que al nombrarle haya encontrado mi voz». Aún había en mí lugar para la ternura. Si me hubieras contestado te habría dicho: «No te llamo para nada; es por el gusto de pronunciar tu nombre». Y todo estaría resuelto. ”

